

EL COJO ILUSTRADO

AÑO II

15 DE JUNIO DE 1893

Nº 36

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

SUMARIO

TEXTO.—Doctor José Reyes, por el Doctor Nicomedes Zuloaga.—Ideal, poesía de Samuel Darío Maldonado.—Juan Hurtado Manrique, por la Dirección.—El cobrador viajero, artículo de comercio.—(Inédito) por F. de Sales Pérez.—Jacinto Añez, por la Dirección.—Los arabescos de Eduino, por D. J. A. Calcaño.—De los cambios de posición, por Benjamín Franklin.—Los juicios populares, por el Doctor Rafael Villavicencio.—Zorrilla, poesía de Manuel M. Fernández.—La severidad de las costumbres, por J. J. Breca.—La viuda del Pescador,

novela original por el Doctor Anibal Domínguez.—Bienvenida, por la Dirección.—Necrologías por la Dirección.—NUESTROS GRABADOS.—Revista de la Quincena, por Eugenio Méndez y Mendoza.—El pescador de Islandia.

GRABADOS.—La antigua plaza de Catedral de Caracas, de fotografía.—Doctor José Reyes, de fotografía.—Juan Hurtado Manrique, de fotografía.—Boceto de la estatua de Bolívar en Cartagena, que construye el señor E. Palacios, de fotografía.—

Jacinto Añez, de fotografía.—Después del baño, cuadro de A. Herrera Toro.—Una gota de rocío, cuadro de A. Herrera Toro.—Confesión al aire libre, cuadro por Casanova.—Barrio Venecia en Puerto Cabello [Venezuela] de fotografía.—Nuevo edificio del señor Jaime Escofet, de fotografía de Salas.—Gran Ferrocarril de Venezuela: Viaducto Agua Amarilla, kilómetro 48, de fotografía.—Monumento en el Cementerio del Sur al Doctor José Reyes, de fotografía.



LA ANTIGUA PLAZA DE CATEDRAL DE CARACAS

DOCTOR JOSÉ REYES

EL COJO ILUSTRADO ofrece en este número el retrato de uno de los hombres que con mejores títulos mereció el más alto aprecio de sus conciudadanos; el Doctor José Reyes, honra y prez del foro de Venezuela.

Si hubiéramos de hablar de los acontecimientos de su vida, de los cargos que desempeñó ó del papel que le tocó representar en las cosas de nuestra política, casi nada tendríamos que decir de él, pues pocas existencias han si-

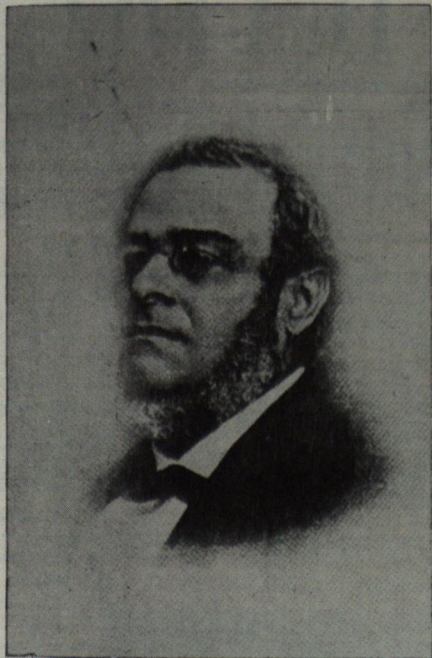
do menos accidentadas. Hecho raro en un país como el nuestro, donde la existencia para esta clase de hombres es un eterno combate, y que constituye uno de los rasgos más notables de su carácter.

Como sucesos de su vida apenas podríamos apuntar para su biografía, que nació en Coro hacia el año de 1814 y vino á Caracas, donde siguió la carrera del Derecho, inducido y aún obligado, según el contaba, por su tío el Doctor José de la Encarnación Reyes Piñal; que graduado en 1839, desde que comenzó á ejercer la profesión gozó de extenso crédito;

que fué juez de comercio por poco tiempo el año de 1848, y abandonó el puesto el 24 de enero por los acontecimientos de este día; que fué catedrático de derecho civil en la Universidad de Caracas, de 1860 á 1863; que formó parte de la comisión codificadora de 1872 y murió en 1886.

Lo que hizo del Doctor José Reyes un eminente ciudadano, fueron sus conocimientos y su perfecta integridad en el ejercicio de la profesión.

De vasta instrucción profesional y con una inteligencia clara y precisa, posela en el más alto grado el tacto jurídico ó sea ese don es-



DR. JOSÉ REYES

pecial del acierto, que no siempre va unido á la capacidad intelectual. En la práctica de los negocios ó en el estudio de los problemas jurídicos, sorprendía la rapidez con que acertaba con las más justas y convenientes soluciones.

No poseía las dotes de la elocuencia, si por esto se entiende la palabra fácil, la riqueza de imágenes y en general el elemento artístico del don del orador; pero tenía en cambio la argumentación vigorosa y rica del hombre de principios que ha meditado mucho las cuestiones de que se ocupa y tiene en todas ellas opiniones fijas. Sus alegatos eran exposición clara y cerrada de doctrina jurídica, en que sin entrar jamás en sofismas vulgares, impropios de su representación científica, analizaba el asunto á la luz de la ciencia para llegar á las conclusiones deseadas.

Acostumbraba decir, que el abogado es el único director del negocio que se le confía, para hacer notar con esto que no debe dejarse influir por el cliente hasta hacerse instrumento de sus pasiones é intereses, pues por misión profesional le corresponde llevar á todos los gremios el consejo de la justicia y de los rectos procederes.

Vamos á reproducir aquí unos párrafos de los que poco después de su muerte dijimos de él, y que juzgamos exacto.

“Celoso defensor de los principios, que á nada sacrificaba, la ley sólo tenía para él una interpretación, la que dicta la sana razón auxiliada de extensos y profundos estudios jurídicos. Incapaz de dar calor á la menor injusticia nunca concibió la profesión del abogado sino como un alto sacerdocio en el que se tiene la misión de hacer triunfar siempre el derecho y la verdad, por el recto examen de los hechos y aplicación concienzuda de las leyes. Ser su cliente era una presunción de honorabilidad, tenerlo como defensor en una causa prueba de justicia.

Comenzó su carrera en aquella época de la patria en que ocupaban las curules de la magistratura los Díaz, Perazas, Casas, etc., etc. é imbuído en las severas doctrinas que ellos practicaron cuando vió que las condiciones de los tiempos no le permitían continuar en la profesión con toda la pureza de medios que sus ideas le imponían, retiróse casi por completo de la vida activa del Foro, ó sea de la discusión judicial, sin embargo de que su notable reputación lo había hecho el abogado de más crédito en nuestro alto comercio.

Era constante verlo evacuar consultas de to-

das partes de la República, sin otro objeto que el de servir á la justicia y á la verdad. Aman- te apasionado de la tranquilidad de la vida y del hogar y demasiado severo para luchar en la abrasada arena de la política apasionada de la época que alcanzó, trató de mantenerse alejado de ella, no obstante que se le ofrecieron con instancia altos puestos en el Gobierno; pero bien conocidos sus principios é ideas contribuía con su autorizada opinión á servir á la causa de sus amigos y servía siempre á la del país, por su intervención en trabajos legales de importancia pública, así es que colaboró en varias épocas en la creación de nuestros códigos y fué uno de los miembros de la comisión nombrada para redactar los que hoy nos rigen, especialmente el Civil y el de Procedimiento Civil.

Modelo de virtudes públicas y privadas, modesto sin embargo de la alta posición científica que ocupaba, su muerte acaecida en edad ya avanzada pareció á todos prematura por el vacío que dejaba, ya tan difícil de llenar. Varón de otros tiempos, era una luz, un ejemplo que seguir, un nombre que venerar para la juventud que hoy con el desaliento en el alma comienza la carrera de la vida pública por el desprecio de todo lo que contempla: hombres y cosas.

Expuesto como ningún otro el abogado así á los halagos del poder como á sus temibles iras, por la naturaleza de su profesión que lo hace el defensor nato de todo orden legal, de la justicia y el derecho ¡cuánto acopio de carácter, de íntima convicción del deber, de habilidad y tacto se necesitan, para ocupar como el Doctor Reyes un puesto tan elevado en la ciencia jurídica y llegar en nuestra época al término de la vida lleno de honorabilidad y respeto!”

NICOMEDES ZULOAGA.

IDEAL

(DEL LIBRO «TROPICALES»)

Es una rubia que tiene la esbeltez de la palmera y ojos azules celestes, con resplandores de estrella.

Los labios, flor de bucare por el céfiro entreabierto, engañan con el perfume á las pícaras abejas.

Los dientes ¿qué me decís? son de nácar y de perlas.

¿Nada sabéis del cabello?

pues de oro son las hebras que por hombros de alabastro como dos cascadas ruedan.

El seno combado, mórbido, airoso, gentil se eleva

y viven allí en consorcio, blancas palomas gemelas que se requieren de amores, que de amores aletean

¿Y nada más? Breves pies,

tan enanos que cupieran, en el pico de una tórtola, en un botón de gardenia.

Maravilloso conjunto, como ninguno en la tierra,

¿hallásteis una mujer que la supere en belleza?

No, nunca, que así de lánguida, así toda como es ella,

una hechura de las gracias, pura, cándida y traviesa,

así como yo la pinto, como mi mente la crea,

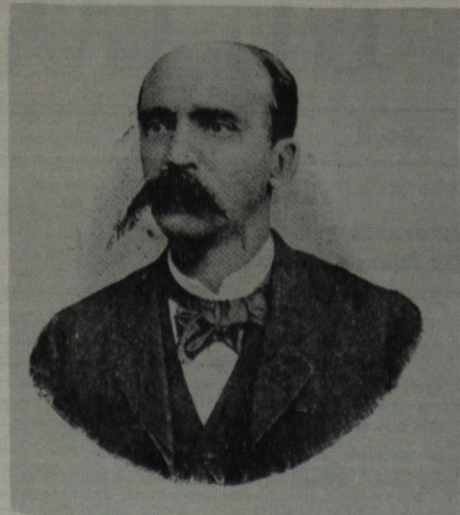
¿quién, es preguntáis? La novia de un romántico poeta.

Un revoltito de sueños, de ilusiones una mezcla,

un bello todo intangible, un ideal que nos besa!

SAMUEL DARÍO MALDONADO.

1891.



JUAN HURTADO MANRIQUE

Conócese al artista por sus obras; y así, al honrarse EL COJO ILUSTRADO con la publicación del retrato de este notabilísimo arquitecto venezolano, se limitará á hacer la lista de los principales trabajos del señor HURTADO MANRIQUE, que son para él sus verdaderos timbres de gloria. Respecto á sus rasgos biográficos pueden todos reducirse á una vida de incesante labor acompañada de conducta sin tacha, ya en la esfera particular, como cuando ha sabido escalar por sus talentos hasta las altas curules del Gobierno.

He aquí la nota de las obras arquitectónicas del señor HURTADO MANRIQUE:

Universidad Central.

Museo de Bolívar.

Basílica de Santa Ana.

La Santa Capilla.

Capilla del Calvario.

Capilla de Nuestra Señora de Lourdes.

Reforma del Parque y Cuartel de San Mauricio.

Reforma de la Casa Amarilla.

Templo Masónico.

Palacio de Justicia y Salón del Concejo Municipal.

Torres de la Iglesia de las Mercedes.

Mercado de San Pablo.

Varios puentes en la capital y ornamentación de plazas.

ARTICULO DE COMERCIO

(INÉDITO)

EL COBRADOR VIAJERO

A principios de este siglo, llamaban *cometas* á los cobradores que recorrían los pueblos del interior.

Entonces eran casos raros, porque los comerciantes pagaban con la mayor puntualidad. Ahora los cobradores son astros que giran eternamente de pueblo en pueblo, y los verdaderos cometas son los buenos pagadores. Por fortuna no faltan honrosísimos ejemplares de esta clase, á quienes rendimos el homenaje debido á la probidad.

El cobrador es un joven caraqueño, ó educado aquí, que monta en una mula gorda y bien aperedada. Lleva botas jacobinas y grandes alforjas, llenas de ropa, papeles, cepillos y perfumes.

En el carriel lleva la libreta donde están anotados los deudores, y la hoja de servicios de cada uno.

La llegada de un cobrador es un acontecimiento, que, aunque semanal, siempre alarma.

Desde que se dice que hay cometa en el pueblo, todos los comerciantes desean saber á qué casa pertenece.

Unos á otros se preguntan—¿quién es el recién llegado?—es alemán?—es francés?—es calvo?—tiene barbas?—de qué color es la mula?

Pero nadie sabe; por qué ha venido tan empolvado, y tan oculto, expofeso, con el quitasol, que no se ha dejado tomar las señales fisonómicas.

Entretanto los deudores morosos, que no son pocos, están preparando excusas, y buscando modos de ocultarse.

Pero siempre hay, en todos los pueblos, comerciantes honorables, que no tienen nada que temer. Uno de ellos va al hotel muy temprano y aprovecha la ocasión para saludar al nuevo huésped y averiguar su nombre, si no lo conoce, y el objeto de su viaje.

Al salir de allí, todos van á informarse con él, y cada cual sabe á qué atenerse.

Mientras toma café, toma también informes con el posadero (que es muy ladino) del lugar en que vive cada relacionado; de su situación; de su conducta, etc., etc.

El posadero le da buenos informes de todos, en cuanto á su conducta, sin embargo de que, á muchos de ellos, no les daría un desayuno; pero le exagera mucho la mala situación de los negocios, la miseria del pueblo, la ruina de los campos por la sequía, y la peste en los ganados.

El cobrador tiene mucho interés en saber de un señor de apellido Obejón, que es su principal deudor, y pregunta al patrón si se halla en el pueblo.

El posadero no se atreve á saber tanto.... le dice que puede ser; aunque él se pasa la vida por los campos, y que hace muchos días que no lo ha visto. Esto, sin embargo de que estuvieron hasta media noche juntos, en un golfito religioso, con el señor Cura y otro comerciante.

Sin perder momentos, le hace avisar al señor Obejón que hay moros en la costa.

Como guerra avisada no mata soldados —el señor Obejón instruye á su mujer y al dependiente de lo que han de hacer y decir, y se oculta tras de la armadura.

El cometa comienza á recorrer el vacío, representado en la caja de sus deudores.

Llega el turno á la casa de Obejón.

Aquí tiene que habérselas con su esposa, Doña Bárbara, que es una señorota grande, gorda, bigotuda y bachillera.

Puede decirse que el cometa va caer sobre la osa mayor.

El caraqueño saluda á la varonil patrona con una cortesía humilde, como quien va á suplicar un favor; cosa muy natural en un país donde el deudor está por encima del acreedor; de donde resulta, que los hombres taimados, en lugar de acumular méritos, acumulan deudas, para alcanzar consideraciones.

—¿Puede U. decirme, señora, si el señor de Obejón se halla en casa?

—No señor—dice la señora, remedando el acento del joven—él ha salido; está por los potreros, recogiendo un ganado para llevarlo á Caracas.

El cobrador toma un caldo de sustancia —¡hay ganado!—dice interiormente.

—Si yo pudiera ver á su marido—¿Están muy lejos los potreros?

—No señor: aquí en el Orinoco.

—En el Orinoco! á cien leguas de distancia!

—Es muy cerca: mi marido y yo vamos en ocho días cada rato.

—Pero dígame, señora, ¿regresará pronto?



Foceto de la estatua de BOLIVAR para Cartagena, que construye en Munchen el escultor venezolano señor E. Palacios

—Si, señor, para entrada de aguas debe estar en Caracas.

—Pues, señora, viene pronto. Estamos en diciembre, no faltan más que enero, febrero, marzo, abril y mayo; apenas son cinco meses—dijo el cobrador con ironía.

Entretanto la armadura de la tienda se estremecía con los esfuerzos que estaba haciendo Obejón para contener la risa.

El cobrador, mohino, entregó una carta á la señora y se marchó.

De allí pasó á la casa de otro deudor.

Este le dijo la penuria en que estaba por las malas ventas; que había ofrecido vender su caballo de silla, para entregarle su valor.

El cobrador, que es amigo de los caballos, se animó de repente, y quiso verlo para tomarlo por su cuenta, si le convenía.

—Vamos á verlo—dijo el otro, y le presentó un caballo de buen porte.

Examinándolo el caraqueño, que no era tan lerdo, se fijó en los ojos, y preguntó.

—¿Qué tiene en este ojo?

—Una nube.

—¿Y en este otro?

—Otra nube.

—¿Luego está ciego?

—No señor; U. sabe que las nubes son pasajeras.

—Pero mientras pasan, ¿por cuál ojo ve este caballo?

—El ve claro; acérquele U. una rama de majo y verá como la muerde.

El cobrador, que no quería gastar, á más de majo, un oculista, resolvió aceptar promesas y dejar el caballo.

De otro relacionado recibió un burro sin orejas y otro despaletado por doscientos pesos, y todavía se quejó el pagador de la dureza del cobrador!

Otro deudor, aunque tenía con qué pagar, no lo hizo por bribón, y porque era cu-

fado del Alcalde, y, por consiguiente, inmune.

¿Quién se atreve á demandar á un hermano del gobierno?

Eso sería atentar contra el orden público. No tendría carcelazo más seguro.

Así fué este cometa recorriendo, en una órbita de ochenta leguas, más de veinte pueblos, en que se repitieron escenas semejantes.

Si tuvo con qué comer, lo debió á muchas cantidades que recibió de los buenos relacionados, que no estaban en la lista de cobros.

Esto sucede todos los días, y, sin embargo, se habla de la prosperidad del Comercio, y se le imponen todas las cargas sociales!

F. DE SALES PEREZ.

1880.



JACINTO AÑEZ

Redactor de "El Día" de Valencia

Este es un joven de talento y de esperanza para la Patria.

Le vió el Dr. L. Villanueva en unos exámenes en la ciudad de Valencia y sorprendido de su gran capacidad le hizo entrar en un Colegio por cuenta del Estado. Allí realizó sus estudios para seguir su carrera pública. Esta es corta y limpia. Su genio poético habíase revelado desde temprano; sus primeras estrofas le valieron aplausos y le estimularon á seguir cultivando la gaya ciencia.

El público verá pronto las siguientes obras de este joven:

Un "Tratado de Aritmética mercantil"

Otro "Id. de Cosmografía"

Un "Volumen de artículos literarios y políticos" y

Otro de "Narraciones históricas" en el cual figura una titulada "Viva la República" referente al sitio de Valencia el año 14.

Actualmente es redactor del periódico *El Día* que se publica en la capital de Carabobo.

EL COJO ILUSTRADO al honrar sus columnas con el retrato de este simpático escritor le saluda afectuosamente.

LOS ARABESCOS DE EDUINO

To R. T. C. Middleton Esqre.,
Late Minister of H. B. M. to Venezuela,
As a token of veneration for his noble character
and christian virtues,
This tale is inscribed by his affectionate friend
and almost fellow-Countryman

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

Diez años cuenta ya Edwin—
Su madre le llama Eduino,
Que el nombre darle prefirió
Al castellano vertido—

Sus padres eran cubanos—
Apenas casados, vino
Aquella sangrienta guerra
De crueldades y heroísmo.

Perseguidos, expulsados,
Cruzaron el mar, y asilo
Les dió en su suelo Inglaterra,
La madre de los proscritos.

Alquilaron en New Brighton, (1)
Sitio á Liverpool vecino,
Un cottage (2) que miraba
Al mar á un tiempo y el río.

Allí vino al mundo Edwin,
Y allí moraban tranquilos,
Cuanto por climas extraños
Cabe á las aves sin nido.

De su sol, en su belleza
Llevaba la madre el brillo;
Y el fuego, en sus sentimientos,
A extremos siempre impelidos.

Tocaba bien la guitarra
Y cantaba como un mirlo;
Siempre canciones de Cuba,
Su paraíso perdido.....

Mas tal al cantar lloraba,
Que dudo si al tiempo mismo
Que consolaba su ausencia
No doblaba su martirio.

Una vez volvió muy tarde
De la ciudad su marido,
El paso lento, y el rostro
Como la noche sombrío.

Le echó los brazos al verla
Y la estrechó con delirio,
Y con ella de la mano
Fuése á la cuna del niño.

Le contempló largo tiempo.....
Le besó.....lanzó un suspiro.....
Lloró.....¿Quién puso en su alma
Aquel dolor?—El destino,

Lo casual, lo inesperado,
Lo improbable, lo fortuito,
La fatalidad, que tiene
También rayos improvisos.

Esquina de *Grove Piazas*
Y *Water Street*, camino
Ya de New Brighton, hallóse
De pronto con dos amigos.

Eran dos paisanos suyos
Del continente venidos,
De los que invadir tramaban
De nuevo el suelo nativo.

Habláronle sin reserva
Del nuevo plan concebido,
Del ejército, ya pronto,
De los recursos, ya listos.

Dinero y armas tenían,
Vapor de guerra, "El Virginio".....
Contaban con Norte-América.....
Era un golpe decisivo.

Dentro de un mes astro alguno
Habrá de igualar en brillo
A la *Estrella Solitaria*
En aquel cielo bendito.

Marchábanse al día siguiente—
Movieron su patriotismo,
Enardecieron su pecho,
Deslumbraron sus sentidos;

Y no se acordó de nada,
De hogar, ni mujer, ni hijo.....
Y sin pensar lo que hace,
Da palabra de seguirlos.

Vuelve atrás, se va á su agente,
Arregla los suministros
De su reducida casa,
Y baja á cruzar el río.

De paso, para memoria,
Compró á su mujer un libro,
Un Eucologio, de raso
Y metales guarnecido.

Apenas saltó del *Ferry* (3)
Y vió su hogar, se le vino
Como una montaña el peso
Del funesto compromiso.

"¡Qué he hecho! Yo estaba loco!
¿No estoy soñando? (se dijo)
¡Qué pesadilla tan negra!
¡Sácame de ella, Dios mío!

Dejarlos.....! abandonarlos
En tierra extraña! á ese niño,
A esa mujer, que es mi alma,
El solo amor que he tenido!

Que es mi hermana, de mi tierra,
De mi patria.....¿Patria, he dicho?
¿Y tienen acaso patria
Los esclavos, los proscritos?.....

¡O Cuba, adorada Cuba,
Te ofrendo mi sacrificio!"—
E inclinando la cabeza,
Entró como ya hemos visto.

Pobre mujer! Vió su llanto,
Vió aquel cambio repentino,
Sus facciones demudadas,
Las caricias á su hijo;

E imaginó mil locuras;
Pero con todas se avino:
¿Estar con él no era todo?
Desastres ¿quién no ha tenido?

¿El no acertaba á enterarla;
Mas ¿qué hacer? Le fué preciso—
La infeliz se quedó exánime
Tras el relato fatídico.

Y, medio abiertos los labios,
Arqueadas las cejas, fijos
Los ojos, los blancos dedos
En los cabellos hundidos,

Se sintió como en el borde
De insondable precipicio,
Vertiginosa la mente,
Y escaso, á tenerse, el piso.

Luego, vuelta á él, tomando
Entre sus manos de armífo
Aquel adorado rostro,
Llena de asombro le dijo:

"Que te vas.....? No te comprendo.....
¿Será que he perdido el juicio?
¿Te embarcas.....! ¡Nos abandonas.....!
¡Ya no nos quiere, Dios mío!"

Déjase él caer de hinojos
Con los brazos extendidos,
Y, viendo al cielo, le pone
De su dolor por testigo.

Ante aquella horrible lucha
De que le ve sacudido,
De amor de hogar y de patria,
Amores ambos benditos;

Ante aquel desesperado
Combate, profundo abismo
En que ella más le sumía
Con reproches y plañidos;

Atormentada, creyendo
Haber agregado absintio
Al vaso de su amargura,
Al cáliz de su martirio,

Pidióle al cielo en secreto
Que obrase en ella un prodigio,
Para convertirse en piedra
E inmolarse en sacrificio.

Así, con terrible calma
Y esfuerzos de un ángel tignos,
Cual si al poder se rindiase
De sereno raciocinio,

"Mira! (le dijo) Perdóname!
No hagas caso á mi egoísmo.....
¿No sé yo cómo nos quiere?
Pero hay deberes precisos.....

Y si has dado tu palabra.....
Si es punto de honor.....Tú has sido
Siempre esclavo de tu honra,
Y es lo que en tí más admiro.

Tú tienes razón, no puedes
Quedar como un hombre indigno;
Y luego, siendo seguro
El triunfo, como te han dicho.....

Y habiendo un Dios en el cielo,
Que ampara á los desvalidos.....!
Pero no, ni es ese el caso
¿Pues todo no lo has previsto?

(1) Pronúciase: *Níd Bráiton*.
(2) Casita de campo, cabaña. Pronúciase: *Cóitich*.

(3) Vaporcillo de transporte.

Serénate, pues, que pronto
Nos veremos reunidos....."
¡Cuba, Cuba, tú no sabes
Los dolores de tus hijos!

¡Oh aprestos desgarradores!
¡Oh desesperante avío!
Y es ella quien con su mano
Se hunde en el pecho el cuchillo!

¡Noche para ambos horrible!
¡Noche de horrendo martirio,
De lágrimas en las sombras
Y sufocados gemidos!

Pero breve.....ya es de día!
Irrevocable destino!
Humea el Vapor, y leva,
Y sale bajando el río.

Ya pasa frente a New Brighton.....
Su *Estrella Blanca* es el signo
De la Línea.....Es el *Atlántic*!
Lo ve desde el balconcillo;

Y pronto son triste anuncio
De que todo ha concluido,
Un pañuelo blanco á bordo,
Y en los balcones un grito.

¡Sola, sola te ha dejado
Esa nave que ha partido!
¡Sola, sola en el destierro,
Sola, sola con tu hijo!

Y más sola, desdichada,
Que pudieras presumirlo;
Que al ausente por quien lloras
No has de verle más contigo.

Ay! dos meses no han pasado,
Y ya nuevas han venido
De desastre y muerte, y nunca
Has de verle más contigo!

¡Le mataron, le mataron!
¡Te dejaron sin auxilio,
Sola, sola en el destierro,
Sola, sola con tu hijo!

Ya cuenta Eduino diez años.
Lo que en tal tiempo haya sido
De la abandonada madre,
El labio tiembla al decirlo.

Combatida de la suerte,
Ya es otra de lo que vimos;
Sus ojos guardan los surcos
De tanto llanto vertido.

Huyó la hermosa frescura
De sus mejillas de lirio;
De sus escasos recursos
Da fe su humilde vestido;

Y hundida ó exacerbada,
Blanco de embates continuos,
Ya son de muerte sus ayes,
Ya son de rayo sus ímpetus.

Desierto el mundo, su alma
Sólo alienta para Eduino
Y las sagradas memorias
Del dueño de su albedrío;

Memorias que extiende á veces
Y en solitario retiro
Arrodillada contempla
Casi con culto divino,

Cual la Madre Dolorosa
Tras el infando suplicio
Las sacrosantas insignias,
Legado de los inicuos.

Eduino, imagen de un ángel,
Era inocente, festivo,
Ingenioso, y extremado
Con su madre en su cariño.

Artista en cierne, mostraba
Un ingenio peregrino
Lápiz ó pluma en la mano;
Sobre todo era calígrafo.

Rasgueaba hojas, festones,
Ramos de rosas y lirios;
Lo que llamaba su madre
"Los arabescos de Eduino";

Y que ella bien los hallase
Era para el pobre niño
El más espléndido triunfo,
Su más grande regocijo.

Cuanto su madre le daba
(A ser mucho, un medicillo)
Destinábalo en su mente
A proveerse de avíos.

No eran perfectas sus obras
¡Ni cuán pudiera exigirlo,
Siendo tan cortos sus años,
Y sus medios tan mezquinos?

Y sin maestro ni reglas.....
Mas de su artístico instinto
Allí estaba el brote, anuncio
Tal vez de hermoso arbolillo.

Con su afición por encanto,
Le eran de poco atractivo
Los infantiles recreos,
Los placeres de otros niños.

Estaban todos los suyos
A su estudio reducidos;
Sólo alguna vez bajaba
Al frontero jardincillo,

O acompañando á su madre
Iba en las tardes de estío
A respirar en la playa
El puro ambiente marino.

¡Qué amor tiene á sus dibujos!
El que á la ola el nautilo,
El que el junco á las lagunas,
El que el árbol á los nidos.

Herirle en sus ilusiones
Hubiera sido un delito;
Que es el artista en el mundo
Sin su arte y sus delirios,

Como sin sol la palmera,
Como sin vela el barquillo,
Como la abeja sin flores,
Como la flor sin rocío.

Colgaban de sus paredes
Sus ensayos preferidos,
En improvisados marcos
Obra también de su arbitrio;

Y en revistas, en folletos,
En todo blanco propicio,
Donde quiera se encontraban
Los arabescos de Eduino.

Una vez ¡instante aciago!
Alcanzó á ver por olvido
De su madre, el Eucologio,
Aquel presente fatídico.

Los grabados en acero
Desatinaron al niño;
Los ve uno á uno—por último
Se lleva el libro consigo.

Vió que no estaba marcado—
Tomó la pluma. Entre mirtos,
Ramos de oliva y laureles
Con flores entretejidos,

En frente al áurea portada
Trazó, esmerando el estilo,
De sus dos progenitores
Los dulces nombres unidos;

Y, adorador de su madre,
Ahogábase el regocijo
Al pensar que iba á ofrecerle
Tal muestra de su cariño.

Baja la escalera—oye
Que está fuera, que ha salido;
Y va á acechar su regreso
De la persiana al abrigo.

A poco chillaba la verja
Que cerraba el jardincillo—
Ve que es ella—vuela y pone
Abierto en la mesa el libro.

¡Qué contrariada retorna!
¡Qué exasperado su espíritu
Con la dureza del hombre,
Con el rigor del destino!

¡Ten el paso, desdichada,
Cobra paz en el vestíbulo,
Deja fuera tus enojos,
Que harto negro es ya tu signo!

Sigue y abre—entra en el *parlour* (4)
Y él, radiante, desde el quicio,
Aguardaba sus elogios,
En ella los ojos fijos.

Rugió la madre de cólera,
Batiendo en la mesa el libro:
"¡No hay nada ya que no manches
Con tus borrones malditos!

¡Un recuerdo de tu padre!
¡Acaba también conmigo!
Ya no lo quiero, ahí lo tienes,
Bótalo!" Y acto continuo

Se lo arrojó con tal furia
Y tan desgraciado tino,
Que al caer le hirió en la frente
Con los engastes cobrizos.

A no haber vuelto la espalda
La infeliz, hubiera visto
Cómo se bañó aquel ángel
En sangre en el acto mismo.

(4) Sala de recibo común, en el primer piso regularmente.

Apenas dió un ay! Llévose
Las manos al punto herido,
Y subió lento, muy lento,
De su alcobita camino.

Allí en el lecho se arroja
Sollozando convulsivo,
Más que en la frente sintiéndose
En el corazón herido.

"¡Sangre!" murmuró aterrada
La madre al alzar el libro.
Siguió las gotas, que hacían
Roja cinta sobre el piso,

Y por toda la escalera
La llevó el sangriento hilo,
Como una mano de hierro,
Hasta la alcoba del niño.

Lo que sintió al ver sus manos
Y su rostro en sangre tintos,
Sólo alcanzarlo pudiera
La santa Madre de Cristo;

Y con ser tal su desdicha
Que aun la lamentan los siglos,
No fué la de hacer su mano
Correr la sangre del hijo.

Loca, en lágrimas bañada,
En cortados alaridos,
Se arrodilla junto al lecho
A pedir perdón á Eduino.

Sin saber ni lo que hace,
Contiene el manante líquido;
Lávale, y ciñe su frente
Con una venda de lino.

¡Qué de arrulllos, á deshora,
Y qué de besos, tardíos!
¡Como su dolor le hablaba
Entre lágrimas y mimos!

"¡No es verdad que me perdonas?
¡Qué desdichada he nacido!
¡Qué vil! ¡Un obsequio tuyo,
Y unos dibujos tan lindos!"

Y él, lleno de mansedumbre,
Con ojos de corderillo
Se volvía y la miraba
Y le hablaba con gemidos:

"No, ya lo sé, son borrones.....
Si antes me lo hubieras dicho.....
Te ofrezco que son los últimos.....
Mira, rompe esos cuadritos....."

Y doblaba sus sollozos
Apuntando, el pobrecillo,
A aquellas tristes paredes
Adornadas por él mismo.

¡Qué creces para el tormento
De aquel corazón partido,
Qué torcedor no sería
Cada palabra del niño!

Torcedor que amenazaba
No darle jamás alivio;
En el día y en la noche
Profundo, eterno, infinito.....

Sentíalo á todas horas,
Doquier que miraba á Eduino
Por la casa y en la mesa
De aquella faja ceñido!

¡Siempre esa venda á sus ojos,
Como su eterno castigo!
Era un puñal que llevaba
En las entrañas hundido!

Y luego, aquella tristeza
Que se apoderó del niño.....
Y el no querer volver nunca
A sus recreos antiguos.....

Estaba siempre en silencio
A su regazo acogido,
Como se echa bajo un olmo
Con su dardo el cervatillo.

Una vez le vino un vértigo—
Calló—no quiso decirlo—
Luego ya fué en su cabeza
Tenaz, perenne el vahído.

Empeoró, y ya ocultarlo
No pudo, por más que quiso.
Cayó grave. ¡Qué amargura
La de esa madre! ¡Qué abismo!

A la ciudad, como loca,
Fué por médico y auxilios.
Le trajo al volver pinturas,
Papel, lápices, marquitos.....

El los tomó, mas sin verlos,
Por más esfuerzos que hizo,
Porque ya el mal le tenía
Embargados los sentidos;

Tanto, que á poco, una noche,
Ya los ojos como vidrio,

Tomó á su madre la mano
Y dió el último suspiro.

¡Cómo vivir ya esa madre
Desolada en tal recinto,
Sordo el cielo, el hijo muerto,
Y el remordimiento vivo!

¡Oh virtud, llave del cielo,
Santa paciencia del Cristo,
Sé tú el pan de nuestra mesa
Y en nuestro cáliz el vino!

Trémula, al suelo encorvada,
Cual quien busca algo perdido,
Daba vueltas y más vueltas
En el desierto cuartico.

Le llamaba y le llamaba,
Besaba el lecho vacío,
Y hallaba como puñales
Por donde quiera esparcidos

Sus lápices, sus estampas,
Sus planas, sus pincelitos,
Los inocentes objetos
Que eran encanto de Eduino!

¡Oh, si el torcedor tirano
Le hubiera quitado, el juicio,
Sus sentidos y conciencia
Hundiendo en el idiotismo!

Pero el más pronto descanso
Lo da el más grande martirio—
Sucumbió—la hallaron muerta,
Ya el cuerpo rígido y frío,

De rodillas contra el lecho
Y los labios sobre el libro
En la página en que estaban
Los arabescos de Eduino.

DE LOS CAMBIOS DE POSICION

Todas las posiciones de la vida tienen sus inconvenientes: *sentimos* los inherentes á la nuestra, pero no *sentimos* ni vemos los de una situación diferente. ¿Qué resulta de ahí? Que nos atormentamos por medio de cambios continuos, sin ganar nada en ello y muchas veces perdiendo.

Cierto día, siendo yo todavía joven, me hallaba de pasajero á bordo de un pequeño sloop ó chalupa que bajaba por el Delaware. Como no hacía viento, después de la marea tuvimos que echar anclas y esperar la marea siguiente. El calor del sol en el buque era escesivo: yo no conocía á los pasajeros, y tampoco me halagaba mucho su compañía. Cerca de la ribera se me figuró ver una hermosa y verde pradera, en medio de la cual descollaba un grande árbol que daba mucha sombra. Discurrí que podría ir á sentarme en aquella sombra y pasar allí agradablemente algunos ratos hasta el retorno de la marea. Logré pues del capitán que me hiciese llevar á tierra. Desembarcado ya, ví que mi pradera no era en su mayor parte más que un pantano; al atravesarla para llegar á mi árbol, me cubrí de barro hasta las rodillas; y aún no hacía cinco minutos que me había sentado debajo, cuando mil insectos incómodos me asaltaron por todas partes, lastimándome las piernas, las manos y la cara, en términos que me fué imposible seguir leyendo ni estarme sentado. Volvíme pues á la orilla, y llamé para que me volvieran á bordo del sloop, donde tuve que sufrir el mismo calor que había querido evitar, y además las risas burlonas de mis compañeros de viaje. Posteriormente he tenido ocasión de observar casos análogos en los negocios de la vida.

BENJAMÍN FRANKLIN.



DESPUÉS DEL BAÑO. — Cuadro de Herrera Toro, enviado á la Exposición de Chicago



UNA GOTA DE ROCIO. — Cuadro de Herrera Toro, enviado á la Exposición de Chicago

LOS JUICIOS POPULARES

Los juicios populares no son infalibles, como tampoco es cierto que la mayoría tenga siempre razón; de manera que no es ajustado á la verdad y á la justicia el imponer la opinión de la mayoría ó el juicio del pueblo como sentencia inapelable en cualquiera contienda. Afirmación es esta que nos proponemos probar con el testimonio de la historia.

En ninguna de las naciones anteriores á la Grecia encontramos que el pueblo tomase parte en los asuntos públicos. Toca á esta ilustre comarca la gloria imperecedera de haber iniciado la ingerencia de las clases populares en el gobierno de la nación, ó lo que tanto vale, de haber fundado la democracia. Entre los diversos Estados que componían la Helade, el pueblo ateniense es la más conspicua expresión de aquel sistema político: creémos más, en nuestro concepto no hay, en toda la historia humana, un ejemplo más distinguido de gobierno popular que la democracia ateniense, con las variaciones que implica naturalmente la diferencia de los tiempos y de las condiciones topográficas; y en particular, la implantación en la época moderna del sistema representativo, que no fué necesario en Atenas, ya que la poca extensión del territorio, reduciendo casi la nación á una ciudad, hacía posible la gestión directa del pueblo en los asuntos públicos.

Al hablar de la democracia ateniense nos referimos, por supuesto, al gobierno establecido después de la reforma verificada en la constitución de Solón por Clístenes; y sobre todo, después de las introducidas por Pericles y Efialtes relativas, estas últimas, principalmente á quitar las funciones de jueces á los arcontes, y de jefe del ejército en el mismo grado que los estrátegos al tercer arconte ó polemarcha; á elegir estos magistrados, así como los jurados populares, por la vía de la suerte: á admitir la competencia para los cargos públicos, de todos los ciudadanos, inclusive los de la cuarta clase del censo soloniano; y á dividir la Helia primitiva ó jurado colectivo, en varios jurados que funcionaban separadamente, y dotados de una pequeña remuneración por sus servicios.

El pueblo ateniense, por otra parte, ha sido el tipo por excelencia de los más nobles y humanitarios sentimientos. El resolvió de una manera satisfactoria, cinco siglos lo menos antes de Jesucristo, un problema que ha ocupado mucho á las naciones civilizadas modernas: la ejecución de las sentencias capitales con el menor sufrimiento posible para el paciente; problema que los revolucionarios franceses del último siglo creyeron resolver por la guillotina, y que algunos Estados de la Unión Norte Americana juzgan haber satisfecho por la electricidad. Si se considera, primero, que un veneno narcótico no produce dolores ni sensaciones desagradables; segundo, que según investigaciones de muy sabios profesores de medicina, la conciencia se conserva por unos segundos en una cabeza separada del tronco, lo que es verdaderamente espantoso; y tercero que la descarga eléctrica, aunque rapidísima, produce una conmoción extraordinariamente intensa y dolorosa, agravada esta circunstancia con los horrores de los primeros ensayos, se vendrá en cuenta que los atenienses estuvieron en esto, como en tantas otras cosas, muy por encima de los demás pueblos de la tierra.

Grandes fueron la habilidad y el talento con que Clístenes y sus conciudadanos contemporáneos separaron, por medio del ostracismo, dos de las causas que ponen en peligro las democracias modernas: las probabilidades de perturbación de la paz por las rivalidades de dos ó más jefes poderosos, y la invalidez de las instituciones por la preponderancia de los prestigios personales. Comprenderse después de lo dicho, que nos ocupemos con tanta preferencia de tan distinguido pueblo.

Estudiando su vida política encontramos ejemplos de juicios en que el criterio público fué perfectamente correcto, así como otros en que extraviada la opinión por instigaciones de una pandilla que aspiraba sólo á satisfacer sentimientos de venganza ó otros perversos instintos, vino á dar como resultado verdaderas monstruosidades. Entre otros, tomarémos como muestra de lo primero, á pesar de las opiniones contrarias de los enemigos de la democracia que han falseado los hechos, el juicio contra Milcíades después de la expedición á la isla de Paros: el ostracismo pronunciado contra Aristides; y la declaratoria de traidor á la patria dada contra Temístocles; y de lo segundo, el juicio seguido á los generales vencedores en las Arginusas, y la sentencia librada contra los mismos.

En otra ocasión, siguiendo las opiniones del eminente historiador de la Grecia, G. Grote, hemos defendido á los atenienses del cargo de ingratitude

hacia sus grandes hombres, con que han pretendido mancillar su nombre y oscurecer sus sobresalientes cualidades, los enemigos de la democracia.

En el caso concreto de Milcíades está probado: primero, que este ilustre general fué culpable por haber abusado de la inmensa popularidad que le dió la victoria de Maratón para hacer entrar á los atenienses en una empresa contra la isla de Paros, que no tenía otro fin que el de satisfacer una venganza personal, y que produjo, además del ridículo de una derrota, grandes pérdidas en vidas y dinero. Segundo, que el tribunal, obligado por las leyes vigentes á escoger entre la pena de muerte propuesta por el acusador Jantipos y la de una multa de cincuenta talentos, presentada por la defensa sin poder optar por una tercera, eligió la de la defensa en atención á los servicios anteriores del acusado, multa que no era superior á los recursos de Milcíades, ya que la pagó su hijo Cimón después de la muerte de aquel. Tercero, que no es cierto, como lo aseguran Cornelius Nepos, Diódoro y Plutarco tomándolo no sabemos de qué fuente, que Milcíades hubiese estado en prisión, mucho menos que hubiese muerto en ella, ya porque tal hecho, notable de suyo, no es mencionado por Herodoto, única autoridad contemporánea, como porque era contrario á toda la legislación penal ateniense, que no imponía la prisión en casos de multa, sino cuando el reo no podía pagarla, lo cual no acontecía, como hemos dicho en el presente; ó cuando había fundados temores de que el reo se escapase, que tampoco podía suceder ahora, ya que Milcíades se encontraba muy grave en cama, á consecuencia de una fractura de una pierna que sufrió al huir del templo de Demeter en la misma isla de Paros; accidente que causó su muerte por habérsele gangrenado la pierna. Los atenienses, pues, fueron justos y humanitarios en el caso de Milcíades.

El ostracismo de Aristides ha dado también, motivo para acusar á los atenienses. Semejantes inculpaciones provienen de una mala inteligencia del procedimiento que constituía la esencia del ostracismo. Éste no era sinónimo de destierro como se admite ordinariamente; ni siquiera puede reputarse como una pena, ya que no trafa como secuela la confiscación de bienes, consecuencia obligada del destierro. Era hasta cierto punto, una honra porque demostraba, que el ciudadano á él enviado, tenía tal importancia en la República y su prestigio era tan grande, que su presencia ponía en peligro la paz pública por rivalidades con otros jefes poderosos. La sustancia del procedimiento es la siguiente. Cuando las luchas entre dos jefes de partido llegaban á tal grado de exaceración que se reputaba amenazada la paz, los mismos jefes pedían el el juicio de ostracismo, que no podía tener otro origen; y el pueblo era llamado entonces á decidir por mayoría de votos de las tribus, cual de los jefes debía retirarse temporalmente del país, conservándole, no solamente sus bienes, sino sus honores y preeminencias. Esto aconteció entre Temístocles y Aristides. La acritud de la contienda entre ambos llegó al punto de, que ellos mismos, pidieran el juicio de ostracismo, y el pueblo resolvió que saliese Aristides.

Tan acertada fué la decisión, que salvó la independencia de la Grecia en la guerra posterior con la Persia. El motivo de la polémica era que Temístocles, jefe del partido democrático, estaba empeñado en que Atenas invirtiese los fondos disponibles en la construcción de naves para transformarla en potencia naval, al paso que Aristides, jefe del partido conservador, avanzó la opinión contraria sosteniendo que Atenas debía ser potencia terrestre. Y las naves de Atenas mandadas por Temístocles dieron á la Grecia la brillante victoria de Salamina, salvándola de la dominación humillante del rey de Persia. El resultado dió la razón al proceder de los atenienses.

El caso posterior de Temístocles es igualmente notable. Acusado más tarde, parece que con razón, de complicidad en la traición de Pausanias, y de intencional culpables con el rey de Persia, la mayoría de sus conciudadanos lo declaró inocente, porque no se resolvían á creer que su salvador, y creador después de su engrandecimiento por la construcción de los muros entre la ciudad y el puerto del Pireo, llegase jamás á ser traidor. Después de esta sentencia absolutoria se levantaron violentos altercados entre él y sus rivales Cimón y Almeón, y Temístocles fué enviado al ostracismo. Acusado de nuevo de traición por los lacedemonios, que adquirieron pruebas contra él después del juicio y condenación de Pausanias, pruebas que Tucídides ha considerado suficientes, los atenienses lo declararon traidor, y él huyó hacia la Persia, viaje que ha dado margen á muchas anécdotas interesantes, y murió más tarde en Magnesia. En este asunto también obraron correctamente los atenienses.

Hemos anticipado estas justas decisiones, y pasamos ahora á otra de sentido contrario para demostrar que hasta un pueblo de tan buen sentido es susceptible de extraviarse movido por las malas pasiones del momento, é impulsado por una pandilla sedienta de venganza, y consumir en tal estado las mayores iniquidades.

Los ocho generales vencedores en el combate naval de las Arginusas contra la escuadra espartana mandada por el insigne Calicrátidas, fueron acusados por Terámenes y Trasíbulos de haber abandonado sin socorro á los guerreros sus compatriotas que, heridos ó no, se encontraban en las naves desmanteladas y que se ahogaron en consecuencia; así como también de haber descuidado el cumplimiento del deber, sagrado para los griegos, de dar sepultura á los cadáveres de los que habían perecido en defensa de la patria. De la relación del hecho se deduce que hubo efectivamente negligencia de parte de los generales, ya que no quedó probada la realidad de la excusa por ellos presentada. Ellos aseguraron que una furiosa tempestad levantada inmediatamente después de la victoria, les había impedido llenar aquellos dos deberes. Pero la iniquidad del juicio y de la sentencia consistió en lo siguiente. Cuando el Senado se reunió para resolver sobre la cuestión puesta por la Asamblea pública, referente á la manera como debían ser juzgados los generales, aprobó una proposición del Senador Calixenos que violaba las prescripciones constitucionales y las prácticas judiciales establecidas por la democracia ateniense. Sometía, en primer lugar, á los acusados á la decisión de un tribunal incompetente; porque los dicastes ó jurados eran personas que habían prestado previamente juramento como cuerpo, y que eran escogidos por la suerte como individuos para cada caso particular; mientras que, por la proposición de Calixenos, los generales iban á ser sometidos, para decidir sobre su vida, su honor y su fortuna, á un simple voto de una asamblea pública no juramentada. Luego, se les privaba de todo juicio regular, sin ser oídos ni defenderse, bajo el falso y mentiroso pretexto de que tanto su acusación como su defensa habían sido atendidas en una asamblea anterior. En tercer término, el voto debía ser dado colectivamente contra los seis generales entonces presentes en Atenas, violando el tenor expreso del psefisma ó decreto de Canonos que ordenaba que los juicios habían de ser siempre individuales.

Eurípolemos, amigo y defensor de los generales, atacó la proposición por inconstitucional, al ser presentada á la Asamblea por el mismo Calixenos, y hasta introdujo una acusación contra éste en virtud de un decreto anterior, que se llamaba la Gráfē Paranómōn, por haber propuesto una resolución semejante. Muchos ciudadanos apoyaron el acta de acusación que, según la práctica, detenía los progresos ulteriores de la medida hasta que el juicio de su autor hubiese sido terminado. La *claque*, empero, de Calixenos, compuesta de hombres violentos y de los parientes de los muertos, animados por la sed de venganza, no estaban dispuestos á respetar este obstáculo constitucional. Gritaron desaforadamente "que era intolerable el ver á un pequeño grupo de ciudadanos pretendiendo impedir al pueblo reunido de hacer lo que quería"; uno de ellos, Liciscos, fué hasta amenazar á los que presentasen la acusación contra Calixenos, con que serían condenados por el mismo voto que los generales. Los pritanos, ó presidentes de la Asamblea, fueron hasta tal punto intimidados que renunciaron á toda oposición: uno solo de éstos, un ciudadano integérrimo, cuyo nombre se ha hecho célebre por otros respetos, y cuya gloria por este particular es inmarcescible, el filósofo Sócrates, rehusó obstinadamente á ceder en el punto de que la proposición de Calixenos fuese presentada al voto público: no hubo amenazas que llegasen á vencer su resistencia.

Aceptada la moción de que los generales serían sometidos al voto de aquella Asamblea, Eurípolemos, siempre con la mira de procurarles un medio de defensa, introdujo una modificación por la cual los acusados debían ser juzgados separadamente, en acatamiento á lo dispuesto por el psefisma de Canonos: esto implicaba que el día del juicio les sería notificado con anticipación, y que así tendrían tiempo para la defensa. Puesta la modificación al voto de la Asamblea por el método de levantar las manos, los pritanos, á quienes les era simpática porque veían en ella un medio de rectificar los errores cometidos, la declararon aprobada; un ciudadano, empero, llamado Menecles, reclamó. Puesta de nuevo al voto, sucedió lo que por desgracia acontece con frecuencia: muchos ciudadanos que habían aprobado antes negaron en la rectificación del voto, por miedo á los gritos y amenazas de la pandilla; y los seis generales, Pericles, hijo del grande hombre del



CONFESIÓN AL AIRE LIBRE. — Cuadro por Casanova

mismo nombre y de Aspasia, Diomedón, Erasinides, Trasillos, Licías y Aristócrates, que acababan de proporcionar un día de gloria á su patria con la brillante victoria de las Arginusas, gloria ya tan rara en aquellos tiempos calamitosos para Atenas, fueron condenados á muerte por el voto de una asamblea popular incompetente, exitada y extraviada por la algazara de una pandilla que sólo ansiaba venganza.

Más tarde, cuando la serenidad volvió á los ánimos, los atenienses lamentaron amargamente aquel error de funestas consecuencias; y la asamblea pública expidió un decreto que ordenaba someter á juicio á las personas que habían extraviado al pueblo en aquella ocasión, Calixenos entre ellas. Por de pronto, las calamidades que cayeron sobre Atenas hicieron olvidar semejante

juicio, y Calixenos se escapó junto con otros. Volvió más tarde al favor de una amnistía general que le protegió solamente contra las persecuciones legales; pero despreciado de todos, murió finalmente de hambre, dice Jenofonte.

La comparación de los cuatro casos que hemos presentado prueba que hasta un pueblo de tan buen sentido y tan eminentes cualidades como el ateniense es susceptible de extraviarse y emitir juicios contrarios á las invariables leyes de la moral y de la justicia. En otra oportunidad daremos ejemplos tomados de otros países por haberse alargado ya demasiado este artículo.

Caracas: junio de 1893.

R. VILLAVICENCIO.

ZORRILLA

Viendo el Dios del firmamento
Los astros, la tierra, el mar,
Oyó una voz modular
Y dijo:—"¡Divino acento!
¿Quién canta con tal aliento
Emulando á la avecilla?
¿Quién pasma, quién maravilla
Con tan celestes cantares?"
Y tierra, y astros y mares
Le contestaron:—"¡Zorrilla!

MANUEL M. FERNÁNDEZ

LA SEVERIDAD DE LAS COSTUMBRES

Pobres tudescos!

Sofando entre el humo de la pipa, pasan la vida entera! Son soñadores! Son los alquimistas del espíritu! Bien es verdad que la vida es sueño, según dijo Calderón, *el de la Barca*, no Rodrigo Calderón, que fué Ministro de Felipe Segundo. Pasan los días entre la espuma efímera del tónico fermento—eso, cuando, libres de la coyunda del trabajo, dan sueltas al espíritu alejado del cálculo, sustraído á las especulaciones metafísicas.

Y sin embargo ¡cómo les achacan todas las falsificaciones del mundo, cual si los individuos de las demás razas, en competencia con los manufactureros del Orbe, no fueran también capaces de falsificar al mismo Dios, si logran echarle mano!

No, Señor! No son los alemanes los falsificadores! En todas partes cuecen habas, y en todas partes falsifican todo.

Unos falsifican las telas, y le ofrecen á usted, por seda, algodón puro, con fulgor de lana; otros imitan las drogas, y le brindan á usted muerte por vida; otros contrahacen las provisiones, y le dan á usted esto, por aquello. Estos últimos son los más adelantados en materia de falsificaciones, pues nos dan *liebre por gato*, esto es, *manteca* en lugar de sebo. Hablen por mí, los aranceles y sus correcciones. No queda duda, ganamos con esta contravención generosa.

Lo único que no ha podido falsificarse es el oro; digo, el oro en joyas! Véanse, si nó, las que por ahí se venden! Lo que es el oro en barras. . . . la alquimia no adelanta mucho, y sólo se aplica á la confección de licores.

Pero no es *el oro* lo único que se ha escapado al espíritu falsificador del siglo. [No hago alusiones.]

Nadie, fuera de aquí, ha querido falsificar virtudes.

Bien es verdad que si las importaran, legítimas ó falsas, en bellísimas cajas de cristal transparente, nadie las compraría, que no en todas partes halla mercado este producto de la moderna corrupción humana.

Y no lo han querido, tal vez, por no hacernos competencia en nuestra profesión más productiva.

Ven acá tú, *commis voyageur*, que vienes á importunarnos con la multiplicidad de tus muestras; ven para que sepas que aquí no falsificamos telas, [ojalá pudiéramos, y tú no tendrías razón para venir á visitarnos] que aquí no falsificamos manteca [ojalá supiéramos, y nadie padecería de *dispepsia*,] que aquí no falsificamos ningún artefacto, excepción hecha de algunos licores que allá en tu tierra hacen de remolacha y aquí de caña: tu sabes muy bien que la uva ha caído en desuso y que ahora se hacen allá licores con cualquiera otra sustancia. ¿No es por eso que están de plácemes los traperos de París? Tienen razón, desde que los licoristas de allá les pagan por su mercancía, mejor precio que los fabricantes de papel, por cuanto esa mercancía ha probado que es un artículo esencialmente vinífero.

Ya lo dije. Aquí no falsificamos artefactos. Bien es verdad que ya se ensayó, aunque de manera excepcional, la falsificación de Billetes. El falsificador los puso en circulación por sí mismo, en Caracas y en La Guaira, favorecido por un pariente suyo que pasa por persona decente, siendo un *vividor* de pésima ralea. Salió bien el ensayo; pero la ausencia obligada del empresario puso término al negocio. ¿Por qué no lo reanuda, sabiendo, como lo sabe de manera práctica, que aquí, tal como la deuda, el crimen también prescribe?

Ello es que aquí no falsificamos artefactos. Y aquí me ocurre preguntar ¿Son las virtudes un artefacto?

Y me ocurre contestar: eso depende de las circunstancias.

Lo cierto del caso es que falsificamos virtudes y que cada cual fabrica para su propio uso las que ha de llevar para deslumbrar al prójimo. Equivocado está usted, si cree que es fácil hallarlas con legítimos quilates.

Pero bien! ¿Qué llama usted virtudes? Aquí



BARRIO VENECIA en Puerto Cabello (Venezuela)

fué Troya! Me encuentro en el mismo caso de un infeliz á quien le preguntaron qué llamaba él una moneda de oro. No pudo contestar! Ya se vé! No había visto jamás ni una sola!

Pero ateniéndome al uso moderno, diré que la circunspección, la gravedad, la austeridad, y en fin, el estiramiento, han sido elevados á la categoría de virtudes.

Todo eso, pues, es la virtud del ciudadano. Pero á mí me parece que todo eso es contrahecho.

Y no obstante, todo el mundo pretende ser circunspecto y grave y estirado y severo.

Personas conozco yo, muy *ponderosas*, que no tienen, sin embargo, gravedad alguna.

Y personas conozco yo, también, que, teniendo *gravedad específica*, carecen de peso intrínseco.

No vayamos muy lejos.

Ahí está un individuo—como están muchos—que tiene una severidad *sui generis* y que se muestra desdefioso para con las cosas de nuestra tierra.

En ese desdén finca él su valimiento.

Desnúdelo usted de su propia, habitual *hipérbole*, y hallará usted. . . . *cero*.

Ese hombre severo no se acomoda con nuestros hábitos, aunque nunca ha tenido otros; no sabe comer *sancocho*, porque su estómago se ha acostumbrado á otros alimentos. . . . Y mucha *aullama* que lo ha nutrido!

Y este individuo es toda una severidad! Se demuda ante una interjección varonil, aunque el pudor no altere su faz, cuando denuesta á la Patria. Y este individuo es toda una pretensión, todo un personaje!

Bien pudiera llamarse Don Severo!

No!

No merece este nombre, ni de chanza, el que jamás ha tenido sino esa severidad que no le conquista aplausos, ni lo levanta del vulgo de los ociosos vvidores; no lo merece el que jamás ha sabido lo que vale la gota de sudor que se da en cambio de la *arepa* que alimenta á la familia: no lo merece el que ha vivido siempre de *empleo en empleo*, prodigando, para conservarlo, sonrisas y genuflexiones á Guzmán, á Rojas, á Andueza!

—¿Es crespista ese hombre? Qué ha de serlo, si no está empleado!

—Y después que lo empleen?

—Será crespista!

Esa la severidad, esas las virtudes patrióticas de algunos ciudadanos.

Y cualquier hijo de vecino quiere llamarse Severo, aunque se llame acémila!

Y de aquí que con la mayor impudencia hable muy seriamente de la severidad de sus costumbres.

Alma de cántaro! le diría yo, ¿de qué severidad, de qué austeridad, de qué honorabilidad quieres hablar, cuando á todo te prestas, cuando lames toda mano, cuando besas todo pie, mediante la correspondiente paga de lo que vale tu conciencia?

¿Cuál la austeridad de tus costumbres, cuando no se te ven sino las de esa severidad estudiada que se traduce por amor al presupuesto?

Pero, caramba! ¡Qué de preguntas!

Y aún me ocurre una. Allá va!

¿Son malas ó son buenas nuestras costumbres sociales, políticas y domésticas?

Responda aquel que quiera, que no estoy ahora para meterme en camisa de once varas.

Arduo el asunto, me limitaré á decir que tengo por buenas las costumbres de un pueblo que se empeña en las prácticas honradas, que se impone el amor al trabajo, que se desvive por ofrecer ejemplo de conformidad en su modesta posición social, que rehusa todo medio de riqueza súbita, que se inclina ante la ley, respetando todo derecho y que va á la Plaza Bolívar, y en medio de la multitud *a'élite* que acude á la retreta, dice en alta voz: "Yo soy un hombre honrado" y agarra al primero que encuentra y le pide que diga otro tanto.

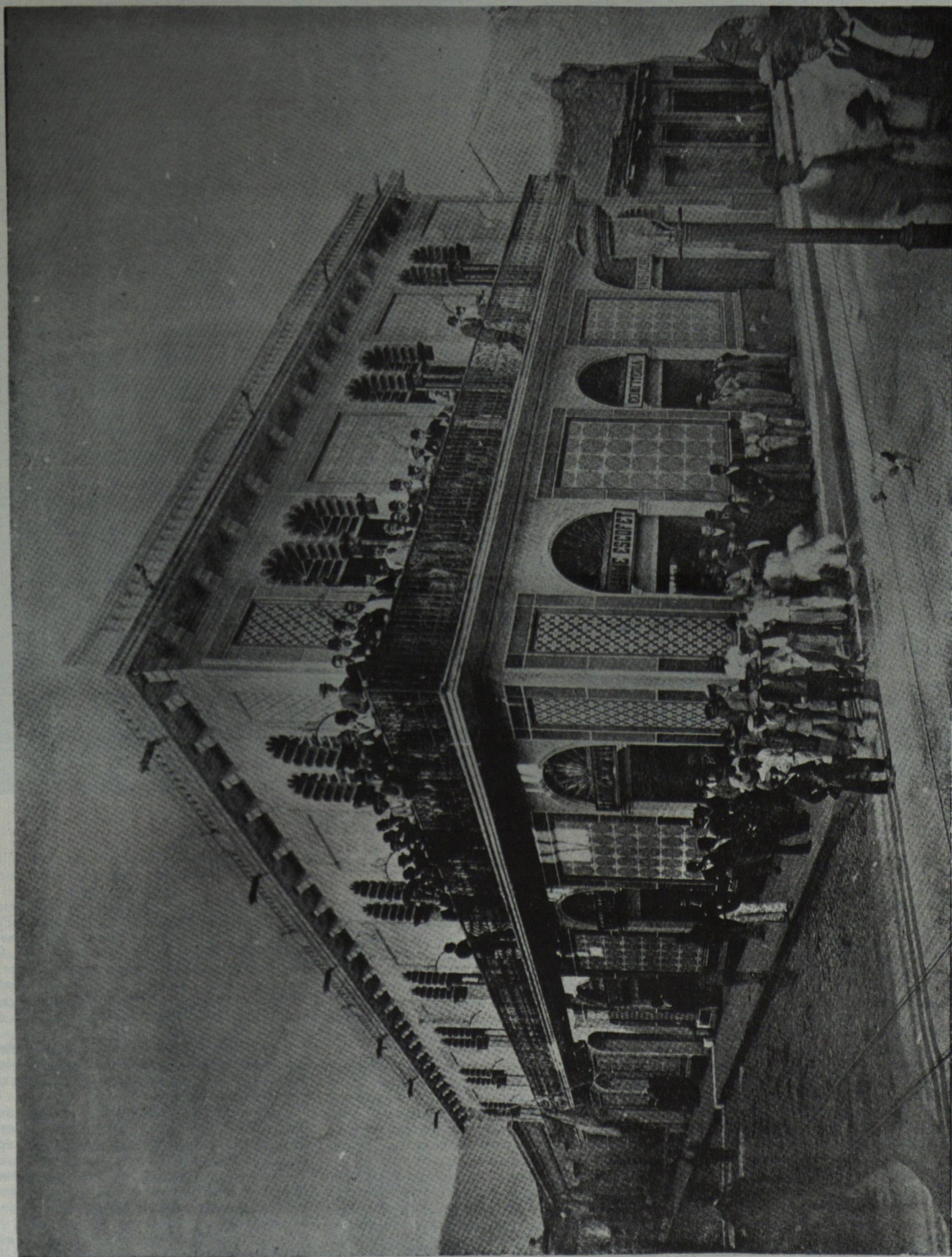
Y diré además, que tengo por malas las costumbres de un pueblo que rinde homenaje á la riqueza inexplicable, que vive en la ociosidad, que adula al poderoso, aplaude interesadamente acciones vituperables, que trafica con la conciencia, que en vez de darse á empresas varoniles, anda á caza de un pedazo de presupuesto y que cuenta en su seno y tiene en respeto á multitud de notabilidades pecuniarias que no pueden ir á la Plaza Bolívar á decir en alta voz: "Yo soy un hombre honrado"

La holgazanería se ha generalizado, y no parece sino que está en la índole, en la naturaleza del individuo de la especie. . . . que se titula humana! Ello es lo cierto que nos gusta á todos el turrón de la molición.

Propenso al mal el hombre, como es propenso al *dolce far niente*—punto éste que á algunos parecerá discutible—se inclina de manera natural á la satisfacción gratuita de sus deseos, de sus antojos, de sus apetitos, aún á trueque de lo que han dado en llamar honra. No quiere sino el placer que no le cueste esfuerzo. No parece sino que cree suyo, de modo exclusivo, el derecho al maná de los israelistas, ó lo que es lo mismo, al fácil sueldo del empleo público. No quiere decir esto que yo llame israelistas á los individuos de uno de nuestros bandos políticos.

Qué indolencia!

No así la bestia!



Nuevo edificio propiedad del señor Jaime Escotet. — Esquina de la Torre. — Caracas (Venezuela)

Nace, y apenas con fuerza para sostenerse, busca el pezón que la alimenta, abre los ojos y mira y comprende; recorre el bosque, solicita la presa con que ha de regalarse, despliega las incipientes uñas, ocultas todavía en la débil garra, y se mueve, en fin, por su propia utilidad, sin demandar favor que la esclavice.

Y ¿no ves el becerro?—Pace, alegre, la sabrosa yerba, levanta la cerviz, fija la mirada, atisba, inquieto, al enemigo imaginario, pone en alto la cola y avansa rápido, ansioso de embestir, como si adivinara que el tiempo habrá de darle agudas astas para su defensa.

Qué imbécil es el hombre!

Si la Sabiduría fuera capaz de error yo diría que Dios se equivocó al colocar en el cuerpo del hombre el alma y la razón de que no quiso dotar á los otros seres con que tuvo á bien poblar el planeta que habitamos.

La vida de los animales pone de manifiesto el cumplimiento de una ley, el ejercicio de la libertad con que han nacido, la muestra de que proveen por sí mismos á sus necesidades, la lección de independencia que dan constantemente al ser dotado de razón, y que, á pesar de este don divino, inclina la cerviz ante otros hombres.

Y eso constituye las costumbres en el reino de los irracionales.

Porque ha de saber usted que ellos tienen sus costumbres fijas, uniformes, inalterables, llenas de severidad, en las cuales no entran las falsificaciones, ni la injusticia, ni la mentira.

Tanto es esto así, que ni el vicio, ni el crimen tienen entrada en ese reino.

Por eso el irracional, jamás tentado por la hipocresía, dueño del pasto que le ofrece sin restricción, fresco y nutritivo alimento, satisface la necesidad material y no va más allá, porque, sobrio y severo en sus costumbres, no ha hecho nunca de la gula un hábito, ni dado entrada en éstas á la trasgresión de las leyes de la naturaleza.

¿Qué animal, sino el hombre, muere suicida, ó muere de apoplejía?

No está, pues, fuera de razón, declarar que hay severidad en las costumbres de los irracionales, y que la severidad tan decantada de las costumbres sociales es una severidad de contrabando.

Y esta falsificación reconoce como causa la ausencia del amor al trabajo, fuente de todo placer legítimo, motivo de todo bienestar, base de la independencia personal, origen de la riqueza no bastarda.

Y se pretende, sin embargo, ostentar lo que no existe, y se busca en las humillaciones, la riqueza fácil y súbita!

Esto se explica por las revoluciones sangrientas que han parido, durante largos años, entidades y caudillos superiores á la ley escrita y más altos aún que la ley del sentido común; los cuales han sustituido la sencillez de los primeros tiempos de la República, con el lujo de las viejas y opulentas capitales de Europa. Las revoluciones, borrando con sangre las instituciones políticas, han cambiado nuestros hábitos, nuestras tendencias, nuestras costumbres.

Radical ha sido el cambio, de tal suerte, que ya es raro el deseo de vivir sometidos á reglas determinadas, y más raro aún el respeto á la incuestionable honorabilidad y el propósito de mostrar ese carácter de verdadera severidad que es prueba incontestable de la elevación del alma.

Y aquí se me sale del pico de la pluma otra pregunta más. ¿Existe la severidad de las costumbres?

Y yo me atrevo á contestar que en su lugar tenemos las costumbres de la severidad, la cual es una cosa forjada en el molde que cada cual ha hecho por su propia conveniencia.

La severidad es como la honradez, joya de alto precio que todos creen poseer: sometida á examen, resulta falsa.

Y son tales las costumbres de la severidad que ya nadie se asusta de ciertas cosas que antes parecían un escándalo, y que ahora parecen lo más natural del mundo.

En antaño, era tal la severidad de las costumbres, que todos estaban pendientes de lo que llamaban la sanción pública.

En el día, cada cual tiene su severidad y las costumbres inherentes á esa severidad; y

de aquí que sea inexacta la idea de la severidad de las costumbres y que sea verdadera la idea de las costumbres de la severidad.

Rubor causa el decirlo; pero es un hecho que estuvo largo tiempo á la moda el peculado y que llegó á ser una costumbre que enriqueció á muchos en esta tierra de las fortunas improvisadas. Y los enriquecidos de esta suerte se atreven á predicar honradez y rectitud y justicia y severidad de costumbres! ¿No tiene esa prédica sabor de desvergüenza? ¿No les estaría mejor ser con secuentes con sus propios hábitos, mostrar las costumbres de su severidad?

La severidad de las costumbres!.....

¿Pues no da risa eso?

Todo el mundo quiere pasar por un Catón, cuando ni siquiera existe ya el Catón cristiano de San Casiano en que aprendían á leer los niños. Y no debe de ser muy bueno el tal catón, puesto que ha caído en desuetud, tal vez porque sugiere la idea de que un Casiano es muy capaz de ser.....casi otra cosa.

J. J. BRECA.

BIENVENIDA

Hemos tenido el gusto de estrechar la mano á nuestro querido amigo y colaborador científico, el señor Doctor R. del Valle, quien acaba de regresar de largo viaje. Al reiterarle con efusión el ofrecimiento de nuestras columnas, le deseamos todo género de dicha y prosperidades.

NECROLOGIA

Semana de duelo ésta para nosotros, porque siempre supimos sufrir con las desgracias de nuestros amigos.

Dos hogares enlutados: en el uno la hermana muerta, rama desgajada del árbol de una familia honrada; en el otro la joven esposa que deja en la horfandad á los hijos de sus entrañas y solo y en eterna congoja al que fué amado entre todos.

Reciban nuestros queridos amigos J. J. Breca y Elías Salas, la expresión sincera de nuestro pésame.



Término de la Avenida de Camoruco. — Valencia [Venezuela]

LA VIUDA DEL PESCADOR

NOVELA ORIGINAL POR EL DOCTOR ANIBAL DOMINICI

Esto que voy á referir sucedió no hace muchos años en una playa de las costas orientales de Venezuela. Es un hecho sin consecuencias, no es por sí mismo extraordinario, acaso no queda de él allá mismo donde ocurrió ningún recuerdo; pero, desde que me lo contaron lo tengo presente en la memoria, como el cuadro más interesante de un carácter y de una pasión, dignos del arte escénico.

Los grandes dramas no son siempre los que se escriben. Hay acontecimientos que se verifican en un rincón del mundo, en las últimas capas de la sociedad, entre cuatro ó cinco desvalidos, y que no caben sin embargo en los límites convencionales del teatro. Imposible reducir á breves horas la acción que se desenvuelve inexorable y terrible en una serie no interrumpida de años de dolor; imposible realizar con la divina aureola de la poesía seres oscuros, seres que pasan inadvertidos á los ojos de la multitud, y que carecen de relieves y colores artísticos; imposible reproducir el lugar del suceso, lugar que abisma con la inmensidad del espacio, el horror de los elementos embravecidos y el espectáculo maravilloso de la naturaleza.

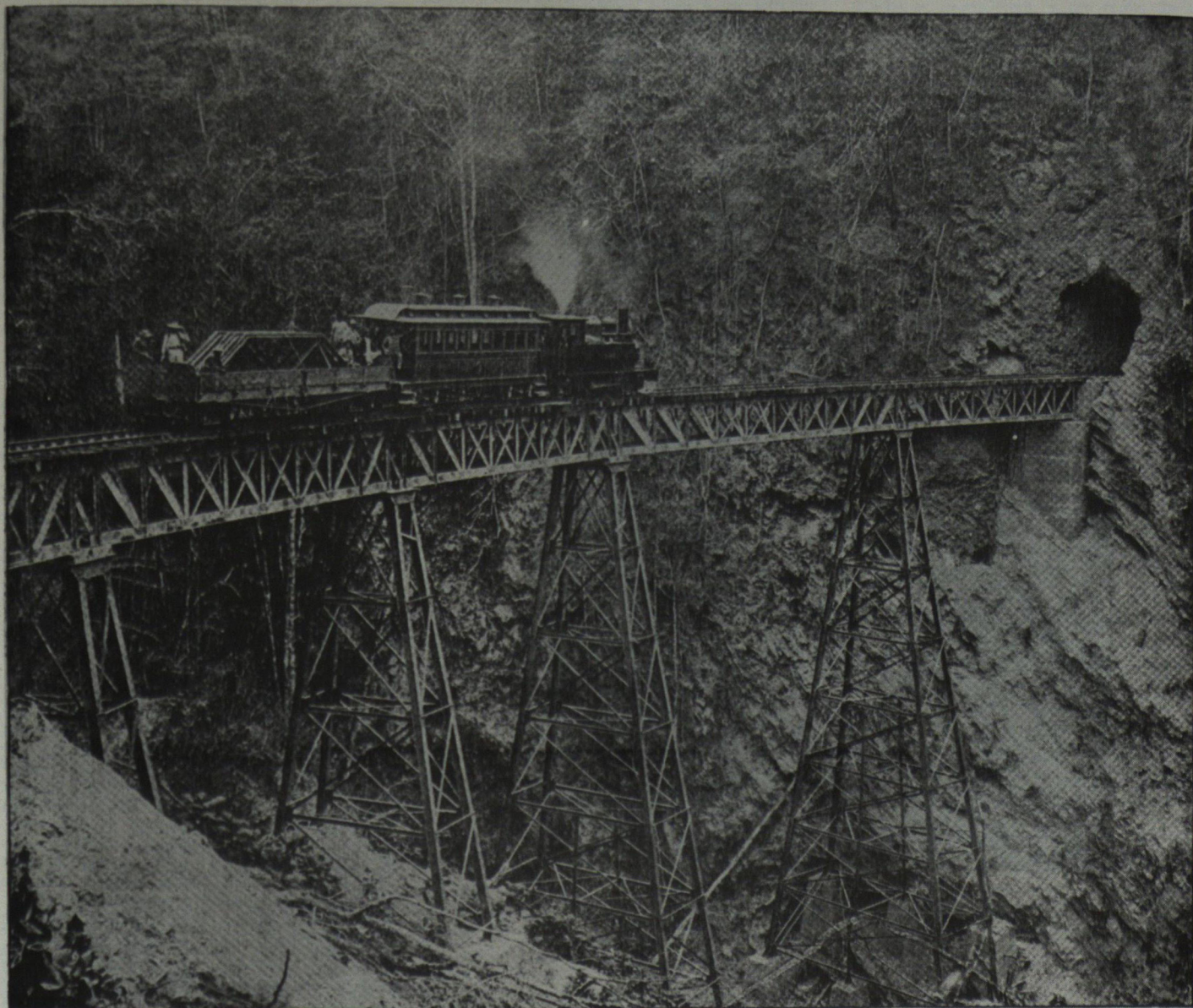
¿Y quién será capaz de significar con la palabra, con el gesto, con la mirada, de modo que pueda ser comprendido por todos, senti-

mientos que han dominado y oprimido el ánimo, sin tregua ni reposo, días y noches que la amargura y la desesperación hacen para el que sufre eternos? Esas escenas de la vida pueden quizás concebirse, nunca representarse. Pasan en las profundidades del corazón, son las luchas sangrientas del alma, y lo poco que alcanzamos á descubrir de ellas apenas nos permite calcular cuánto debieron padecer las víctimas en esa arena candente de las pasiones, donde jamás hay vencedores, porque todos quedan siempre vencidos!.....

Toléreme bondadoso el lector estas reflexiones, y siga con la misma indulgencia adelante, recorriendo estas páginas que contienen una triste y descolorida historia.

Era un día de octubre, mes ordinariamente borrascoso en los mares intertropicales. Las espantosas tormentas que agitan en esa época el océano llegan rara vez hasta nuestras costas. Presérvanos del furor de los huracanes del equinoccio el archipiélago de las Antillas, extendido delante de nuestro litoral, como baluarte inmovible contra el cual se estrellan el viento y las olas, que vienen de las frías latitudes del Norte ó de las regiones dilatadas del Este.

Pero, lo que de esas tempestades logra penetrar por entre la providente cadena de islas que nos defienden, lo que llega como por sorpresa hasta nosotros, siquiera sea leve soplo, comparado con la fuerza incontrastable, que sacude y azota á veces el océano durante largos



GRAN FERROCARRIL DE VENEZUELA — Viaducto « Agua Amarilla » — Kilómetro 48

días en centenares de leguas, basta para sembrar la desolación y la muerte en nuestras poblaciones costaneras.

El día á que me refiero parecía cargado de amenazas semejantes. Desde la noche anterior se había sentido en la atmósfera algo que anunciaba la proximidad de la tormenta. Ráfagas frías que soplaban de vez en cuando sobre la tierra, marejadas intermitentes que los marinos dicen *bobas*, porque se mueven sin ruido, á pesar de su gran volumen, y no se percibe el impulso que las trae; lluvia menuda, que cesaba á intervalos para volver y parar de nuevo; algún trueno distante, de tiempo en tiempo, como el eco de sordas trepidaciones, y uno que otro relámpago que rasgaba la oscuridad con su luz sulfurosa, para hacerla después más densa; tales eran los signos que demostraban el estado eléctrico del aire, estado expresivo de eso que los navegantes sienten en el aspecto y el rumor de las olas, sin poderlo explicar, y que yo me atrevería á llamar nerviosidad del mar, porque creo que así se puede definir la especie de agitación interna que se observa ciertos días en el temido elemento y que revela la incubación desconocida de indeclinables catástrofes.

Los pescadores de la aldea que debían salir á la mar se hallaban en la playa, y apenas se distingulan unos á otros. Columbrábase allá

á lo lejos un segmento de luna que bajaba hacia el ocaso, y el horizonte se veía en muchas partes tapado por nubes altas y oscuras como cerros de piedra. Diez ó doce barcas se encontraban listas para soltar sus amarras. Los patrones y los mozos iban y venían de un lado á otro indecisos: bostezaban, miraban el cielo y el mar, estiraban los brazos y las piernas, callados y como pesarosos de haber dejado las camas en que dormían, para venir al embarcadero con aquel tiempo de perros.

Los amedrentaba el aspecto del cielo, el embate mudo de las aguas, la pesadez del aire que olía á borrasca. Los signos eran los mismos que se habían notado en las primeras horas de la noche. Sin embargo, nada había acontecido; y eso daba lugar á creer que al asomar el sol podía disiparse todo, y hacer un día espléndido. Otras veces se había visto igual cosa, y no era para perder una jornada de trabajo entre gente menestrosa, acostumbrada al duro oficio del mar, de quien el trabajador no puede esperar ciertamente flores y sonrisas. Pero, también era verdad que nunca habían parecido tan siniestros aquellos fenómenos precursores de la tempestad, la cual aunque fuese á descargar muy lejos de la costa, podía alcanzar en su órbita de acción hasta nuestros mares, habitualmente serenos y bonancibles.

La hora avanzaba, y urgía resolver. Para

aprovechar la pesca era necesario partir tres horas por lo menos antes de amanecer. Llegábase así al despuntar el día á unos islotes que demoran cerca de doce millas al Norte, rodeados de placeres abundantes en peces y mariscos, donde los pescadores trabajan hasta cuatro horas, y de donde retornan después de mediodía, á tiempo para vender con provecho el producto de la pesca.

Algunos patrones se dirigieron á Ignacio, el más viejo de ellos, que con la cabeza entre las manos, estaba sentado silencioso en una roca pegada á la ribera. Otros hacia Ricardo, el más joven quizás, siempre animoso y decidido. Hallábase éste de pie en la popa de su barca, con los ojos fijos en la claridad moribunda del astro de la noche, semejante entonces á una lámpara que consume las últimas gotas de aceite en el dormitorio de un enfermo. Ricardo parecía querer adivinar lo que ocultaban las sombras del océano, siempre terribles y misteriosas.

—Vamos, compadre Ignacio, exclamó uno de los pescadores, interpellando al viejo, sin sacarse de la boca el cachimbo que fumaba, qué le parece á usted esa música?

El interrogado tardó en responder, y al fin sin alzar la cara resongó de mal modo:

—Que habrá baile, y á mí no me han convidao, ni tengo ganas de bailar.



Monumento erigido en el Cementerio del Sur, á la memoria del señor Dr. José Reyes Piñal

En el mismo instante gritaba Ricardo en són de chiste á los que le consultaban desde la playa:

—Hombre! eso no vale nada! Un chubasco, unos cuantos brinco, un poco de agua para lavarse la cara, unos escopetazos allá arriba..... Lo que fuere sonará!

Estas diferentes opiniones produjeron como era natural efectos distintos entre los que las oyeron. Después de nuevas vacilaciones la mayoría adoptó al cabo el consejo de Ignacio, recordando tal vez el adagio que dice: *En caso de duda abstente.....*, tan aplicable en aquellas circunstancias.

Dos botes tan sólo aparejaron, y se dispusieron á salir. Ricardo mandó también que se prepararan á los cuatro mozos que componían su tripulación. Quitáronse éstos la camisa para preservarla del agua, se sentaron en los bancos respectivos, armaron los remos, mientras Ricardo soltaba el cable que sujetaba la barca á la playa, y se hicieron á poco á la mar, cantando y riéndose todos de los cobardes, quienes después que recogieron sus útiles y avíos se marcharon para sus ranchos próximos, dispuestos á esperar en tierra lo que hubiese de suceder, aprovechando entretanto el resto de la noche para dormir.

La *Paloma*, que así denominaban la navicilla de Ricardo, arrancó con brío, dejando tras sí ancha y espumosa estela fosforescente, que junto con el fulgor de las olas, que brillaba á los costados, al golpe compasado y enérgico de los remos, iluminaba la barca con una luz fantástica en medio de aquellas tinieblas que inundaban miedo.

Ricardo contaba algo más de veintiseis años:

era de estatura mediana, atlético, de figura gallarda, de carácter jovial, aunque á veces se manifestaba abatido por una pena profunda, generoso, valiente, se había criado por decirlo así en el mar, cuyos furores y veleidades conocía desde niño, y la lancha en que trabajaba como patrón y como dueño de por mitad con un comerciante del pueblo, que con apariencias de protegerlo en el hecho lo explotaba con bastante ventaja, era reputada la más ligera, la más sólida y la mejor gobernada de la costa, en veinte ó treinta leguas de extensión.

Los marineros con quienes trabajaba en sociedad lo acompañaron, pues, sin titubear, y le hicieron coro en los chistes con que estuvo largo rato entreteniéndolos, quizás para desvanecer en ellos las malas impresiones del momento. Transcurrida más de una hora de dura é incesante boga, circuló entre los remeros una botella de aguardiente de caña, que empinaron todos repetidas veces para quitarse el frío, que era mucho; renovaron el tabaco que les llenaba la boca, y con la espalda y los brazos desnudos, sudorosos y helados por el viento de la noche y el salpique del mar, volvieron á arremeter á los remos, con mayor fuerza, como para ganar los cortos instantes que había estado parada la embarcación, en tanto que se refo-cilaban los tripulantes.

En ese tiempo Ricardo había permanecido en el silencio, en que después de sus primeras chanzas y risas había caído. Recostado en la popa, con la caña del timón entre las piernas, se había quedado viendo el mar, sin participar de las libaciones de los marineros, lo que á ninguno de ellos sorprendió, porque era sabido que no bebía licor alguno ni usaba jamás ta-

baco. Algunos buscaron con la vista el punto á donde se dirigían las miradas del patrón; pero, el mar continuaba lo mismo, la luna había desaparecido, no había estrellas por ninguna parte del cielo, el viento soplabá menos, la llovizna era muy leve; y siguieron bogando, sin pensar ya más que en llegar á las islas, donde el remanso que formaban las grandes rocas sumergidas y los bancos de arena contiguos les permitían siempre descansar y pescar con holgura.

Comenzó más tarde á apuntar la aurora con sus vagas y amarillentas claridades, las cuales parecía que luchaban desfallecidas, contra las sombras nocturnas, como si estas pretendieran aferrarse al horizonte, para la llegada del día; trocáronse después los negros colores de las nubes en pardos y plomizos matices más siniestros quizás que las tinieblas mismas; iluminóse luego la bóveda del cielo con los pálidos resplandores de la luz crepuscular, que fué repartíendose gradualmente y propagándose á manera de franjas de cambiantes tonos; y por fin apareció el sol entre la espesa bruma que velaba el Oriente, cuando la *Paloma* penetraba con reposado andar en la ensenada más próxima, que era también la de mejor pesquera en las islas mencionadas.

A poco arribaron las otras dos embarcaciones, que salieron junto con Ricardo; la oscuridad no había permitido distinguirlas durante toda la travesía.

La pesca fué magnífica. En concepto de los marinos, el mal tiempo había hecho refugiarse en aquellos parajes á todos los peces de las aguas inmediatas. Apenas caía en el mar la plomada que llevaba el anzuelo al fondo, cuando acudían varios en tropel á disputarse la carnada, como si el hambre los hubiera puesto más imprevisivos que de ordinario. Echar y halar el cordel, que parecía pronto á reventar con la carga que traía era asunto de breves instantes. El pescado pasaba rápidamente del agua al interior de la lancha, donde seguía saltando vivo, con la boca abierta, los ojos brotados, paradas las aletas y la cola rizada. Y qué pescado!.....Grande, gordo, brillante, de diversos colores, porque lo había de diversas clases, y todo rico y succulento, que daba gusto mirarlo!.....

Los pescadores estaban contentísimos. No recordaban haber logrado en muchos meses atrás lances tan felices. Se entusiasmaron ellos pensando que la venta había de ser espléndida; no sólo por esa circunstancia sino porque tres barcas nada más habían osado venir á pescar; y era justo fuese premiado su ardimiento. Los que se habían quedado en tierra se morirían seguramente de despecho, al verlos regresar con tan buenos resultados, aunque los proveyesen con generosidad de lo que necesitaban para el día, según se acostumbraba entre compañeros. El triunfo no era para menos, y podía dispensárselos hasta la envidia á los cobardes, de quienes harto se habían reído en la madrugada.

No pudiendo cargar más la lancha, suspendieron el trabajo, y se prepararon para volver á la costa. Era cerca de mediodía. Abrigados entre las peñas y absorbidos por el interés de la pesca y la esperanza del beneficio, no habían prestado ninguna atención al tiempo, que se había mantenido toda la mañana encapotado y receloso, en la misma actitud amenazante, si bien no daba muestras de resolverse de manera alguna en todo el día. Mas, al alejarse de las islas, después de haber comido algo y tomado los tragos de costumbre, notaron que reaparecía el viento, y que la mar se ponía más gruesa de instante en instante. Apretaba también la lluvia, cuyas gotas al caer sobre las ondas parecía á la vista como que las sembraban de espinas en torno de ellos.

Continuaron bogando, y los síntomas dichos fueron en aumento. De noche podían haberse ocultado: ahora los veían claramente en el cielo y en el mar. Indudable, la tormenta estaba á punto de desatarse después de un día de amenaza. A los ojos de Ricardo y sus compañeros no podía esconderse el peligro que los aguardaba, peligro inminente é inexcusable en una barca de pescadores, que una ola po-

día tragarse, ó voltear como una concha de coco, sin defensa ni resistencia eficaz.

Volver á las islas era imposible. El viento, fresco al principio, se hacía poco á poco más intenso: soplabla del Norte, y con ligeros intervalos saltaba unas veces al Noroeste, y otras al Nordeste: lo tenían, por tanto, ora de popa, ora de costado, pero siempre adverso para virar en redondo, y regresar al punto de donde habían partido, ó á otro cualquiera de aquellas pesquerías. Encontrábanse ya á tres ó cuatro millas de distancia, y todo el empeño de los tripulantes no habría realizado ese propósito en tres horas de faena.

Lo mejor era, pues, correr con el viento que había, aunque era demasiado para la pobre nave. Podía, sin embargo, servirles para arribar al puerto de su destino, con riesgo de zozobrar en las ocho ó nueve millas de agua, que era preciso atravesar antes de alcanzar la deseada playa, si por desgracia continuaba creciendo la borrasca en la proporción con que había empezado á desarrollarse.

—Animo, muchachos, gritó Ricardo. Es necesario seguir adelante! Si viramos nos come la mar.....Pongamos el corazón con Dios y que la Virgen nos salve!.....Lo primero es aligerar la lancha, que está demasiado cargada.....

—Qué lástima, dijo uno de los marineros; tan buena pesca!

—Vamos, hombre! otro día se cogerá.....No hay tiempo que perder, exclamó el patrón con voz imperiosa, que no admitía réplica. Respondo de la *Paloma* que sabe volar, y todos estamos acostumbrados á estas cosas. Con que después de Dios, de nosotros depende llegar con felicidad.

Y mientras decía Ricardo ésto, dos mozos sostenían con sus remos la barca, y otros dos echaban al agua los peces. Estaban casi todos vivos; y, si se daban cuenta de lo que ocurría en aquellos instantes, volvieron sin duda al tempestuoso líquido, bendiciendo la tormenta que los restituía cuando menos pensaban á la vida y á la libertad.

Por listos que anduvieron los tripulantes, una ola que los atacó de costado estuvo á punto de hacerlos irse á pique, y casi los anegó, obligándolos á dejar todo de la mano para achicar la embarcación que se hundía. En pocos momentos, agua y peces quedaron fuera, y la navicilla se levantó liviana y flexible. Parecía luego que volaba sobre las aguas como una garza, que huye perseguida por el viento, sin lograr escapar de sus furores entre la mar y el cielo.

Como á dos millas, se veían á sotavento las otras barcas, que luchaban pesadamente con la borrasca, la cual se las llevaba en la dirección de la corriente, quién sabe hasta dónde. La *Paloma* podía resistir con más ventaja por las condiciones marineras que la distinguían; y, gracias á ellas, se había mantenido á barlovento, en la línea diagonal que marcaba la distancia más corta entre las islas y la playa, lo cual favorecía la arribada.

Transcurrieron tres horas de rudísima tarea, y apenas habían podido atravesar la mitad del espacio que formaba el canal referido. Con mar bonancible bastaba ese tiempo á la barca de Ricardo para llegar, impulsada por el suave vientecillo de la tarde, el cual llenando la vela desplegada por los marineros en el mástil, que cerca de la proa armaban siempre al regreso de la pesca, les permitía descansar de las tareas de la mañana. á la vez que les proporcionaba el placer de regatear con las otras lanchas pescadoras, y la satisfacción de entrar los primeros á la bahía, y recibir los aplausos y los vítores de la gente que los esperaba en la playa.

Y ahora se sentían rendidos de fatiga en la brega que traían con las olas; el patrón aguantando la barra del timón, ya á babor, ya á estribor, para defender la embarcación de la marejada colosal, que venía, y pasaba, y reaparecía y se levantaba de nuevo. á la cual era necesario presentar siempre la proa ó la popa, para no sucumbir al furioso embate descargado por cualquiera de las bordas; los marineros con ambas manos en el remo, hinchadas las venas del cuello, encorbada la espalda, rígidos y amo-

ratados los tendones de los brazos á fuerza de bogar, sin poder suspender siquiera un minuto, para enjugarse el sudor que les corría por la frente y los privaba á veces de la vista, no obstante el agua del mar y del cielo, que al mismo tiempo los helaba; sin poder tomar siquiera un trago de aguardiente que los reanimase, para continuar combatiendo con la muerte, que parecía acercarse cuanto más remaban y remaban!.....

Continuará.

Dos pérdidas más tenemos que registrar á última hora: la de la señora JULIA LEVEL DE PACHECO hermana de nuestro muy querido amigo Anfloquio Level; y la del señor ASCANIO NEGRETTI, Ministro de la República del Salvador. Pérdidas que son de cuantía para la sociedad caraqueña.

Reciban ambas familias nuestro pésame, y muy en especial el señor Anfloquio Level con quien hoy compartimos su justísimo dolor.

NUESTROS GRABADOS

Antigua Plaza de Catedral

Vean los lectores menores de 25 años lo que fué en otros tiempos la actual plaza Bolívar. Allí están, enfrente de lo que es hoy Casa Amarilla, los portales que ocupaban las pesas de *cachino* hacia la plaza, y donde, hacia la calle, se encontraban los inolvidables *café y comida á todas horas*. No está comprendido en el grabado el sitio donde *Na Telésfora* instalaba su expendio de apetitoso mondongo; pero por el olfato de todo lector que haya conocido la plaza como era, pasará al ver el grabado un recuerdo de aquel succulento plato nacional.

Doctor José Reyes

No hace muchos años que dejó de existir el eminente jurisconsulto cuyo retrato ofrecemos á nuestros lectores en la página 216.

Aparte el candal de ciencia que poseía, admiraba en el Doctor Reyes Piñal aquella mirada intelectual tan certera para seguir el rumbo de la justicia, sin que le ofuscasen las sombras que sobre su estela luminosa se empeña en echar sin treguas el error.

Juan Hurtado Manrique

Hurtado Manrique es el arquitecto venezolano que ha enriquecido á Caracas con mayor número de obras, así públicas como particulares. Muy conocidas son de todos los habitantes de esta Capital las obras á que aludimos, y mucho debe halagar al arquitecto, por grande que sea su modestia, lo que se celebra el ornato de Caracas de que gran parte se deba á su habilidad y experiencia.

El Cojo ILUSTRADO se complace en publicar hoy el retrato de este apreciable é inteligente compatriota.

Dos cuadros de Herrera Toro

Después del baño y *Una gota de rocío*, son los nombres de los dos cuadros de Herrera Toro que hoy publicamos reproducidos en grabados y que han ido á figurar en nuestra galería de pinturas de la Exposición de Chicago. Gracia en el asunto, acierto en la composición, firmeza y corrección en el dibujo y facilidad de ejecución, todo esto hallamos en las obras á que aludimos, en las que una vez más pueden apreciarse la inspiración y los conocimientos del aventajado artista que goza de merecido renombre y generales simpatías.

Estatua de Bolívar

Para ser erigida en Cartagena (Nueva Colombia) construye en Munchen una estatua del Libertador, el hábil escultor venezolano Eloy Palacio. En el grabado de la página 217 presentamos la reproducción del boceto de aquella obra, no escasa de mérito artístico, á juzgar por la muestra de que hablamos.

Barrio Venecia—Puerto Cabello

Donde antes era todo agua salada y manglares, está formado ya en Puerto Cabello y prospera á ojos vistas el pintoresco Barrio Venecia, representado en el grabado de la página 224. Progresá, ya lo hemos dicho antes y hoy lo repetimos, aquel histórico puerto de la República, y progresá de muy notable manera, como que día por día se extiende y se embellece con nuevas y bellas obras de ornato público. Nuestras felicitaciones para sus laboriosos habitantes.

Nuevo Edificio de Jaime Escofet

El grabado de la página 225 representa la casa refaccionada donde está el establecimiento mercantil del señor Jaime Escofet, haciendo ángulo con el noreste de la Plaza Bolívar. Aquí falla aquello de la diferencia entre lo vivo y lo pintado, y con lo cual se dá á entender que siempre la realidad es inferior á la copia; y falla porque, no obstante ser nuestro grabado reproducción de una excelente fotografía, la casa del señor Escofet presenta aún mucha más bella apariencia, á lo que mucho contribuye el vario color de los mosaicos y vidrieras.

Avenida de Camoruco.—Valencia

Mucho se enorgullecen, y con razón, los valencianos, de poseer uno de los paseos más pintorescos que puedan imaginarse, cual no lo tiene la misma capital de la República. Ese paseo es Camoruco, espaciosa avenida flanqueada de ricas y bellas casas de campo, que rodeadas de prímorosos jardines, se ocultan bajo el espléndido follaje de nuestra tropical vegetación.

El grabado de la página 226 representa el término de la Avenida de Camoruco. Pronto publicaremos la vista del Colegio nuevo, á juicio de muchos la mejor obra arquitectónica de la capital de Carabobo.

Monumento erigido á la memoria del señor Doctor José Reyes

Aún recordamos el dolor tan general que sintió la sociedad caraqueña con la muerte del Dr. REYES. Este hombre que abarcó todos los conocimientos de la ciencia jurídica y política, y vivió siempre vida de honor, representaba para el foro venezolano una columna fortísima; para sus colegas voz de aliento y sabia consulta; para el ciudadano garantía de sus derechos; y para la familia, que aún le llora, padre y esposo amantísimo.

Bañada en lágrimas, obsequian sus deudos á la memoria de quien fué para ellos noble, grande y bueno, el bellísimo y apropiado monumento cuya copia hoy publicamos y que acrece en mucho la riqueza tumularia que ya contiene la necrópolis del Sur.

Jacinto Añez.—Redactor de "El Día"—Valencia

Justo es que figuren en nuestra galería de venezolanos notables los periodistas. Puesto notorio tiene entre ellos el señor Jacinto Añez, Redactor de *El Día* de Valencia y mucho complace á la Empresa de EL COJO ILUSTRADO publicar en las páginas de este periódico el retrato del inteligente colega carabobeño, de quien encontrarán nuestros abo-nados la noticia biográfica en la página 218

Viaducto Agua Amarilla—Kilómetro 48

En la línea férrea que construye el Gran Ferrocarril de Venezuela y en el trayecto de Caracas á Cagua, hay 85 túneles y 125 puentes y viaductos de hierro. El viaducto Agua Amarilla, cuya vista damos, es uno de los más grandes de la línea, tiene 47 metros de altura, 90 de largo y 5 aberturas. Cuéntanse en el trayecto comprendido 5 viaductos de las mismas condiciones de éste. La solidez, perfección y abundancia de las obras de arte acometidas y realizadas por esta empresa, son timbre de orgullo para muchos ingenieros, entre los cuales cábenos la satisfacción de contar á no pocos venezolanos.

Confesión al aire libre

O el pecadillo no pasa de ser una monada, ó el bendito padre tiene la manga muy ancha. Dígalos si no la marcada expresión picareza con que escucha á la penitente, la que tiene ganada la absolución del padre y de todos, con sólo su salero.

REVISTA DE LA QUINCENA

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

SUMARIO:

Toros coleados.—La viruela y nuestras cosas.—Biografía de Vicente Marciano.—"Capricho Popular."

¿Por qué no tengo á mi disposición la pluma de Pereda? Ah! si yo la poseyera, cómo haría hoy digno uso de ella ocupándome en un asunto que pide ser tratado con pluma magistral! Ya en fácil verso y con decir castizo nos habló, algún tiempo hace, un malogrado ingenio venezolano del propio asunto; pero de entonces acá hay tanto más que decir, cuanto que en opinión de muchas personas hemos dado gigantescos pasos en el camino de la civilización. Figúrense mis lectores que se trata nada menos que de *toros coleados*, y dénse á pensar en cuánto habrá que decir sobre tema tan importante en un país que avanza á toda vela puesto el rumbo hacia las encantadas playas de la deseada y perfecta civilización. De mí sé decir que totalmente convencido como estoy de que estamos en vísperas de deslumbra al orbe entero con nuestro progreso, ya estaba sintiendo cierto escorzor, cierta comeción de impaciencia porque cuanto antes tuviésemos algo cuyo nombre tenía en la punta de la lengua sin que pudiese dar con él, hasta que el asunto mismo se encargó de venir en mi auxilio, poniéndoseme de manifiesto en las calles de la pintoresca estación veraniega de Antimano. Sí, señores, estamos volviendo á gozar de los jamás como se debe bien ponderados toros coleados, y quiteseme de delante el que diga que al evocar este recuerdo de tiempos ya lejanos no damos con ello un paso formidable hacia la meta de aquel nuestro progreso que está ya en vísperas de deslumbra al mundo. ¿Pero qué hacen los españoles, nuestros venerables abuelos, que no introducen

esta interesante variación en las corridas de toros, cuando nuestros toros coleados no dejan de ofrecer incidentes tan agradables ó más que aquel de los caballos pisándose sus propias tripas? Y si me apuran mucho diré que el *pasatiempo* de los toros coleados es de más sustancia, puesto que un coleador desnucado ó estrellado contra una esquina es sin disputa espectáculo que hace no poca ventaja al caballo que se enreda en sus propios intestinos. No debe de haber caído en esta cuenta la madre patria: de ser así, apuesto doble contra sencillo á que la coronada villa se desgajaría hacia la calle de Alcalá para presenciar todos los domingos coleadas tales cuales las apetecemos por aquí, con gran lujo de brazos y piernas rotas, de estrelladas crismas, de vientres perforados y de centenares de varas de tripas por el suelo. ¡Qué placer! Porque aquellos sí que son toros! Estos de por acá no les dan por la pezuña á aquellos que en un santiamén matan hombres y caballos como moscas.

Y hay quien, después de saborear una corrida á la española ó una coleada á la criolla, encuentra superior el soso espectáculo de los boxeadores ingleses.

Lo malo es que ya tenemos una *Sociedad Protectora de los Animales*, á falta de una protectora de las personas, y que ella constituye sería amenaza contra el inocente pasatiempo á que me he referido, el que indudablemente se tratará de sustituir con el no menos inocente, pero no tan substancioso, del box á la inglesa, donde no hay animales de por medio que paguen el pato.

**

Parece que en el vapor *Ferdinand de Lesseps*, venía con destino á Venezuela un huésped que, recibido sin escrúpulo en Carúpano, fué rechazado en la Guaira contra todas las leyes de la cortesía, pero con entera conformidad á las de higiene pública. En efecto, la viruela habrá visto con extrañeza esta disparidad de procedimientos entre dos puertos del mismo país, y se preguntará en su natural confusión ¿por qué son tan susceptibles las autoridades de La Guaira con una persona tan leal en su conducta que ataca á cara descubierta y que no tiene quien la defienda de los médicos, sus mortales enemigos? ¿Por qué han de ser más cobardes los guaireños que los habitantes de Carúpano? ¿No vengo, sobre todo á hacerle un señalado servicio á los venezolanos desde que me les llevo, á los malos para descanso de los buenos que queden, y á los buenos para que se les premie su ejemplar conformidad?

Supongo que al darle entrada en Carúpano al buque mencionado y por ende al huésped que aquel habría de dejar en nuestras playas, se quiso echarle en cara al cólera su descortesía con nosotros al no querer visitarnos en setiembre del año pasado, cuando se le abrieron de par en par las puertas de nuestra rada vecina por no cerrar las de la aduana á los cargamentos de los vapores hamburgueses. El cólera se hizo acreedor á una dura lección y ya tiene su merecido. ¡Cómo! ¿Crée el cólera que los alemanes son mejores que nosotros? Pues ahora verá que por lo menos somos tan buenos como los marseleses, y venga la viruela que aquí nos tiene para lo que guste mandar.

A propósito de cangrejo, y para que mis lectores vean qué importancia tiene esto de entrar vapores á los puertos para algunas autoridades de los idem, voy á referirles lo que presencié en años pasados viajando por el litoral de cierto país de cuyo nombre no quiero acordarme. Amaneció el vapor, en que andaba yo de pasajero, enfrente del puerto y allí debía aguardar el turno de la visita, la cual iría primero á otros dos vapores que nos precedían. La susodicha visita llegó tarde al primero y allí se estuvo una hora larga sin que yo pudiese darme cuenta del motivo de la dilación, siendo asunto tan breve el reconocimiento de los papeles del buque. Bajó la visita del primer vapor y subió al segundo, donde se eternizó. Nos impacientamos los pasajeros del tercero y empezamos á protestar y á echar conjeturas sobre la causa de aquella inexplicable demora, cuando un caballero que fumaba tranquilamente en su silla de extensión púsose de pie y acercándose al grupo que formábamos los más impacientes, nos dijo:

—Es que en ese vapor hay mejor desayuno que en el anterior.

—Bien puede ser; pero qué diablos tiene eso que hacer con este plantón insostenible?

—Sí, tiene que hacer y mucho. Verán ustedes: esos señores tienen la costumbre de desayunarse en todos y cada uno de los vapores que amanecen enfrente del puerto, y esto con todo el reposo y la fruición de quien no tiene prisa alguna. Ya verán ustedes cuando ellos vengan aquí, como tengo razón. Esto me ha pasado ya cincuenta veces.

El caballero volvió á ocupar con la tranquilidad de la experiencia, su silla de extensión, sin cuidarse de nuestras nuevas y enérgicas protestas.

Trascurrió aún largo rato y vimos al fin desprenderse la falda del costado del vapor y bogar hacia el nuestro, subieron los consabidos señores, saludaron muy cortemente á todo el mundo, le echaron una ojeada á los papeles, pasaron al comedor, ocuparon con precipitación una mesa y más precipitadamente empezaron á engullirse cuanto tenían delante. Aquello fué horroroso: las fuentes colmadas de galletas y de enormes rebanadas de pan desaparecían y se renovaban por segundos. Las jícaras de chocolate y las cafeteras se vaciaban como por obra de magia. Las bandejas de salchichón no llegaban á tocar la mesa: de las manos del sirviente pasaba el contenido á los estómagos de los buitres. No se escuchaba más que el crujir de las mandíbulas, resongos de jauría que devora la presa, quejidos sofocados, regüeldos estruendosos.

Después de noventa y siete minutos de combate salieron del comedor los aun no bien satisfechos personajes con el mondadientes en la boca é inspeccionando el horizonte por ver de descubrir el humo de algún otro vapor que les trajese el cuarto desayuno.

No hago la injuria á nuestros actuales empleados de los puertos de compararlos con aquellos famélicos sugetos. Refiero el caso y me pismo todavía.

**

Para hablar sobre la biografía recientemente publicada de Vicente Marcano, venezolano eminente á deshora arrebatado por la muerte á la familia, á la patria y á la ciencia, sus tres grandísimos afectos, cedo la palabra al Dr. Juan de D. Méndez, hijo, amigo de Marcano y alguna vez su discípulo, autor de las líneas que copio á continuación, en las que hace cumplida justicia á los talentos y virtudes de aquel que fué legítima gloria de la patria.

“Hemos tenido profunda satisfacción en leer la Biografía de Vicente Marcano, escrita recientemente por el distinguido profesor Gaspar Marcano, hermano suyo, residente en París. Nadie ha encontrado otra cosa, en las apreciaciones que la obra contiene, sino completa justicia, lo cual da desde luego á entender el mérito del autor, tanto como el del biografiado. No podemos en estas cortas líneas extendernos cuanto deseáramos en las consideraciones que esta publicación nos sugiere, y apenas podemos recomendar á nuestros compatriotas su lectura, como estudio de un carácter verdaderamente ejemplar cual fué el de Vicente Marcano.”

“Tuvo éste dos raras condiciones que podemos llamar primordiales por cuanto son la fuente de positivos é importantes servicios á la humanidad: la primera que amó la ciencia por ella misma y no para llamar la atención del vulgo tomándole prestado tecnicismo ó calumniándola con aparatosas extravagancias; y la segunda que acertó con lo que era el verdadero progreso de la patria trabajando por él con sincera y abnegada consagración.

“Conocimos á Vicente Marcano en 1871, oyendo de sus labios la revelación de los novísimos principios de la teoría atómica unitaria, y nos cautivó la claridad de su vasta inteligencia y su generoso fervor como apóstol de la ciencia. No le abandonó nunca este sentimiento, y su biógrafo describe admirablemente sus trabajos científicos y señala los importantes descubrimientos con que enriqueció no sólo la química sino la botánica y la antropología misma. Luchó con valor heroico é inflexible constancia por dar á su patria el poderoso impulso intelectual que necesitan sus principales industrias; pero, sin poder alcanzar el éxito que merecía, y al desaparecer en el vigor de la virilidad, le dejó en sus obras el testamento de su ciencia, la herencia de sus sapientísimos consejos, el estímulo de su ejemplo y el manto de su gloria. Dios quiera que llegue para Venezuela un día en que mida cuánto vale este rico legado, que sin embargo no es sino una pequeña parte de lo que él hubiera podido y querido darle!”

**

Con galante dedicatoria del autor he recibido la última composición musical publicada de Salvador N. Llamozas, y como si no fuese ya bastante, tuvo este la bondad de hacérmela oír, ejecutada por él mismo. La obra, que se titula *Capricho Popular*, está bellamente editada por la casa que gira con la firma del autor.

El carácter especial de nuestros aires nacionales ha servido á Llamozas de inspiración para esta obra, que no vacilo en calificar de bella y

singularmente original. No se descubre en ella el tema de ninguno de nuestros aires populares, ni existe allí un compás siquiera que de ellos presente la más ligera reminiscencia; y sin embargo está tan de relieve el carácter de nuestra música popular, chispeante y voluptuosa, que oyendo ejecutar la obra se adueña del alma aquella gratísima emoción que en nosotros produce ora el aroma de las flores de nuestros campos, ora la contemplación de algún típico rasgo de nuestras costumbres, ora el sabor de nuestras comidas nacionales con que formósenos el paladar, y nutriéndose de las cuales, se han formado así mismo nuestra sangre y nuestros huesos.

Felicitó al inspirado ingenio y doy muy sinceras gracias al amigo.



EL PESCADOR DE ISLANDIA

Continuación

La joven siguió leyendo las pavorosas inscripciones:

En recuerdo de

GAOS (FRANCISCO),

esposo de Ana María LE GOSTER,

capitán del "Paimpolés",

perdido en Islandia, del 1.º al 3 de Abril

de 1877, con 23 hombres que

compusieron su tripulación

¡Descansen en paz!

Al pie de esta lápida había pintadas dos tibias en cruz y un cráneo con ojos verdes, pintura ingenua y cómicamente lúgubre, que tenía el perfume de barbarie de la edad antigua.

Otra de las lápidas estaba destinada á guardar la memoria de Gaos (Santiago), arrebatado de su barco por las olas y desaparecido en las inmediaciones de Norden-Fiord, en Islandia, á la edad de veintidos años. La lápida parecía colocada allí desde hacía muchos años. ¿Quién se acordaba ya de Santiago Gaos?

A la vez que leía las sombrías inscripciones, Margarita sentíase asaltada de indefinibles ternuras por Juan, mezcladas con algo de desesperación. ¡Jamás le pertenecería! ¿Cómo había de disputárselo al mar, cuando en él habían hallado su tumba tantos otros Gaos antepasados ó cercanos parientes suyos que debían tener con él íntimos puntos de contacto?

Entró, por fin, en la capilla, apenas iluminada por la débil luz que dejaban penetrar sus ventanas. Allí, con el corazón henchido de lágrimas que pugnaban por asomar á los ojos, se arrodilló para orar ante los santos y las santas, rodeados de groseras flores contrahechas, que casi tocaban la bóveda con sus cabezas. Fuera del sagrado recinto, el viento que se levantaba comenzaba á gemir, como llevando al país bretón la última queja de los marinos muertos.

Declinaba la tarde, y cualquiera que fuese la repugnancia de Margarita á cumplir el objeto de su viaje le era preciso decidirse á hacer su visita á los Gaos vivos y ejecutar su comisión. Tornó, pues, á emprender el camino, y después de haber preguntado en la aldea, encontró la casa de los Gaos, á la que daban acceso doce escalones de granito. Un poco temblorosa á la idea de que Juan podría estar ya de vuelta, atravesó un jardincito donde brotaban crisantemas y verónicas.

Al entrar en la habitación que servía de recibimiento, sus ojos buscaron á Juan entre la gente que la ocupaba, pero no lo vio.

Con gran cortesía rogáronla que tomara asiento hasta que llegara el viejo Gaos, jefe de la familia, que le firmaría el recibo del dinero.

Todo el mundo estaba muy ocupado en la casa. Sobre una gran mesa de pino había medio extendida una pieza de tela, en la que cortaban trajes de marino, que después de ser embreados, debían servir para la próxima temporada de pesca en Islandia.

—Ya véis, señorita Gaud—la decían—cada pescador necesita tres trajes de éstos para la temporada.

Y le explicaban la operación de encerarlos y embrearlos, para hacer impermeable la tela. Mientras tanto que le referían el modo de proceder, con toda clase de detalles, los ojos de Margarita recorrían atentamente la habitación.

Continuará

MÚSICA

La que publicamos hoy, es fino obsequio con que ha honrado á EL COJO ILUSTRADO la reputada profesora de piano señora *Sofía R. de Pecchio*. De los méritos de esa composición demás está que digamos alguna cosa, ya que los quilates de la obra han de ser apreciados y admirados por aquellos que la pongan al piano, que deben ser todos los aficionados y artistas que gusten de la belleza de una música tan inspirada como lo es la del *Nocturno* objeto de estas líneas. Así, nos valdremos más bien de poseer tan delicado obsequio, para decir algunas palabras acerca de las inmejorables condiciones y virtudes que reúne la señora de *Pecchio*, como profesora de piano.

En días pasados conocimos sus excelencias de maestra con la audición de una de sus muchas discípulas. Era la preciosa niña *María Cadenas*, de 7 años de edad, y que sin lograr aún alcanzar la octava con sus manecitas, nos deleitó por espacio de una hora interpretando á *Clementi*. La posición de sus manos correctísima; la independencia de sus dedos perfecta, y todos los detalles de interpretación y ritmo de gran cabalidad. La examinamos en cuanto á técnica, y tanto en ejercicios de cinco dedos, como en la ejecución de las escalas, arpeggios y fórmulas de extensión, la encontramos segura de sí misma y poseedora de una base mecánica de la mejor ley. Desde ahora auguramos á *María* triunfos espléndidos para el porvenir, pues además de su natural disposición para la música tiene en la señora de *Pecchio* guía segura para progresos serios en el arte.

Tenemos también noticia, por los profesores de dicha señora, de su acuciosidad en la enseñanza y de su interés siempre creciente en pró de todo aquello que procure á sus discípulas rápidos adelantos. Es, pues, deber nuestro, al par que manifestar á la señora de *Pecchio* nuestra gratitud por el regalo que se ha servido hacernos, y poner á su disposición las columnas de EL COJO ILUSTRADO, encarecer su valor profesional y aplaudir con sinceridad sus talentos y correcta escuela de enseñanza.

Caracas: 11 de junio de 1893.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Presente.

Mi apreciado amigo:

Tengo el gusto de enviarle una composición cuyo autor es, si mal no recuerdo, el señor Don José María Villergas, por si usted la encuentra buena para ser reproducida en el "Suplemento" de su interesante periódico. No recuerdo el título.

Su atto. servidor y amigo,

R. Villavicencio.

Escucha, lector, atento
Mi triste, fatal historia;
Que grabada en tu memoria
Te servirá de escarmiento.

Yo jamás pensaba en bodas.
Era amigo de placeres.
Me gustaban las mujeres;
Pero me gustaban todas.

Hasta que quiso el demonio
Fijar mi atención en una;
Y que mi negra fortuna
Me la diese en matrimonio.

Estela, así se llamaba.
Alta, morena, finita.
No era en verdad muy bonita;
Y, sin embargo, gustaba.

Era admirable el talento
Que mostraba en poesía;
Y todo el mundo aplaudía
Su precoz entendimiento.

Yo la supuse venida
Allá del Castalio coro
Pulsando el arpa de oro
Para encanto de mi vida.

Y entre endechas, y elegías,
Y cánticos á himeneo,
Ebrio de amor y deseo
Pasaba, alegre, los días.

Hasta el momento fatal
En que el vínculo inrompible
Me sujetó á la terrible
Coyunda matrimonial.

Desde entonces, ¡ay de mí!
Escucha, lector, atento,
Y sirvante de escarmiento
Los males que yo sufrí.

¡Qué estupor! ¡Qué desengaño!
Cuando á mi Estela querida
Me la encontré convertida
En un animal estraño.

Yo te permito que saques
La deducción consiguiente;
Y te diré solamente
Que usaba tres miriñaques.

Y cuando aquel embeleco
Fué del todo eliminado,
Halléme, ¡qué horror! casado
Con un espárrago seco.

Yo exclamé: ¡Santa Cecilia!
¡Qué engaño! ¡Qué desconsuelo!
¿Por qué me condena el cielo
Á una mujer de vigilia?

Mas ella, ¡suerte fatal!
Me demostró en un soneto
Que el estar en esqueleto
Era lo menos del mal.

Pues si mi Estela divina
Carecía de hermosura,
No sabía de costura,
De plancha ni de cocina.

Y mi casa abandonada
Quedó, desgraciadamente,
Á merced, completamente,
De una estúpida criada.

Se me saltaba un botón,
Y Estela no lo cosía,
Que abandonar no podía
Su sagrada inspiración.

Se rompía un calcetín,
Y en vez de hacer un surcido,
Recitaba con sentido
Quintillas de Moratín.

Y entre idilios, y canciones,
Y sonetos, y elegías,
Se iban gastando mis días
Al compás de mis doblones.

Para mayor aflicción,
Aquella musa, mi esposa,
Vino, al fin, á darme en prosa
Un fruto de bendición.

Mas, ¡oh dolor! mi heredero
Tuvo dos meses de vida;
Pues Estela distraída
Le dió á mamar el tintero.

Y en el suceso horroroso
Del que morirme pensé,
Ella sólo encontró el pie
De un epitafio precioso.

Pues, y una vez, que inspirada,
Sintiendo estrépito fuera,
Salió como una pantera
Y despidió á la criada.

Entonces, ¡qué de percances!
Tras cien ensayos y dudas,
Comimos chuletas crudas,
Pero envueltas en romances.

Ya casi me daba risa.
La ropa andaba deshecha.
Y una vez hallé una endecha
Escrita en una camisa.

Aún así, mi desventura
Pacientemente sufría:
Hasta que al fin, vino el día
De mi completa amargura.

Una cuenta quise ver
De la modista, afanoso;
Y hallé un billete amoroso
Dirigido á mi mujer.

Y para colmo de males,
El que á mi honor atentaba,
Su tierna pasión pintaba
En siete octavas reales.

Entonces, mi sufrimiento
Tuvo fin, y en buena prosa,
Juré á mi lírica esposa
El más atroz escarmiento.

Pues desoyendo sus gritos,
Sus lágrimas y su ruego,
Hice arrojar en el fuego
Sus fatales manuscritos.

Mas fué tanto lo que pudo
En su pecho el sentimiento,
Que quedamos al momento,
Ella muerta y yo viudo.

En lance tan imponente
Vino á mí la inspiración;
Y le escribí con carbón
El epitafio siguiente:

"La Musa Estela murió,
Para mi dicha y consuelo,
Dios la conceda en el cielo
La paz que aquí me dejó."

Mira, lector, si mi historia
De lección puede servir;
Y si se debe esculpir
Para siempre en tu memoria,

Antes del destino adverso
Te case con Lucifer,
Y no con una mujer
Capaz de escribir en verso.

EL PESCADOR DE ISLANDIA

Continuación

Hallábase ésta amueblada á la manera tradicional de las cabañas bretonas: ocupaba el fondo una inmensa chimenea, y á los lados estaban las canas, que afectaban la forma de armarios superpuestos unos sobre otros. Sólo que no había allí la obscuridad y la melancolía propias de los alojamientos de jornaleros del campo, sino la claridad y limpieza peculiares á las casas habitadas por gentes de mar.

Había allí, además de varios pequeños Gaos, niños y niñas, sin contar otros dos mayores que estaban navegando, una rubita, triste y muy ataviada, que no se parecía á los demás.

—Esta niña la hemos adoptado el año último— explicó la mujer del viejo Gaos;—no son niños lo que á nosotros nos faltan; pero, ¡qué queréis, señorita Gaud! su padre era marinero de la *María amada de Dios*, que se perdió en Islandia, como sabéis, y entre los amigos nos hemos repartido los cinco huérfanos.

Oyendo que hablaban de élla, la pobre rubita bajó la cabeza con una sonrisa de rubor, escondiéndose detrás del pequeño Lorenzo Gaos, que era su preferido.

Todo el mundo se esmeraba por recibir bien á Gaud, como una visita que hacía honor á la casa, y la hicieron subir á la habitación, del piso superior, que era, como si dijéramos, el orgullo de la familia.

La habitación era linda y alegre en su blancura inmaculada. Había en ella dos camas, á la moda de las ciudades, con sus cortinas de reps color rosa, y en el centro una gran mesa cubierta con un hule. Desde la ventana se divisaba todo Paimpol, con su rada, donde estaban anclados los barcos pescadores, y el canalizo, por donde emprendían anualmente su viaje á Islandia.

No se atrevía Gaud á preguntar; pero de buena gana se hubiera informado en dónde dormía Juan. Evidentemente, cuando niño había debido dormir en el piso bajo, en uno de aquellos lechos antiguos que tenían la forma de un armario; pero, sin duda, ahora su cama debía ser una de las dos modernas, con vistosas colgaduras rosa. ¡Cuánto hubiera ella deseado estar al corriente de los detalles de su vida, saber, sobre todo, en qué pasaba las largas noches del invierno!.....

NOCTURNO

por Sofia R. de Pecchio

Andante *moderato*

Di ciano

Triste

molto legato

semplice

cresc. molt.

si

con Raffiauro *legato f.*

legato

meno

Fin

Los pasos de alguien que subía por la escalera de madera, la hicieron estremecer.

No; no era Juan, sino un hombre que se le parecía mucho, á pesar de sus cabellos blancos, y que, como él, tenía una estatura elevada: era Gaos el padre, que volvía de sus quehaceres.

Después de haberla saludado atentamente y haberse informado de los motivos de su visita, le extendió su recibo, en cuya operación tardó no poco tiempo, porque ya no tenía el pulso muy seguro. Hizo la salvedad de que no aceptaba los cien francos como cancelación definitiva del asunto pendiente por la venta de la barca, y si en concepto de cantidad recibida á cuenta; pero, en fin, ya hablaría él de ese negocio con el señor Mével. Gaud, á quien las cuestiones de dinero interesaban poco, sonrió imperceptiblemente; bien sospechaba ella que el negocio no se daría por terminado; pero se alegraba, porque así tendría nuevos pretextos para volver á casa de los Gaos.

El viejo creyó del caso excusar la ausencia de su hijo, pensando para sus adentros que hubiera sido más decoroso que la familia entera hubiese estado reunida para recibir aquella visita, para ellos ceremoniosa. Tal vez había adivinado, con su malicia de antiguo marino, que su hijo no era del todo indiferente á la bella heredera de Mével, porque se notaba que hablaba de él con cierta insistencia.

—Me asombra—decía—que mi hijo Juan esté todavía fuera de casa. Ha ido á Loguivy á comprar unas nasas para coger langostas; ya sabéis, señorita Gaud, que ésa es nuestra gran pesca de invierno.

Margarita se hacía la distraída para prolongar por más tiempo su visita, no obstante tener la conciencia de que se estaba demasiado tiempo; pero ¡le era tan duro irse sin verle, después de haberle costado un paseo tan largo!

—Un muchacho tan juicioso como él—continuaba diciendo el padre—no sé qué diablos puede hacer por ahí fuera. En la taberna estoy seguro de que no está: mi hijo no la frecuenta. No digo que no vaya alguna vez los domingos, con sus amigos.... Ya sabéis, señorita Gaud, los marinos gustan de un rato de broma, sobre todo cuando jóvenes. Pero de todos modos, es una cosa rara en él; podemos lisonjearnos de tener un hijo muy juicioso.

Entretanto la noche se echaba encima: la pieza de algodón había vuelto á ser doblada, y el trabajo de costura había concluido por aquel día. Los pequeños Gaos, entristecidos por la proximidad de la noche, se apretaban unos contra otros, sentados en un banco, y miraban á Gaud, como diciendo:

—Ya que ha desempeñado su comisión, ¿por qué no se marcha?

La leña encendida de la chimenea empezaba á iluminar la habitación con su llama roja, en la tinta gris del crepúsculo que caía.

—Deberíais quedaros á cenar con nosotros, señorita Gaud—le dijo la madre.

¡Ah, no! no podía; hasta la daba vergüenza de haberse estado de visita tanto tiempo.

Y levantándose, se despidió de la familia.

El señor Gaos se levantó también, con objeto de acompañarla una parte del camino; hasta más allá de cierto barranco aislado, donde viejos árboles formaban un pasaje obscuro y miedoso.

Mientras caminaban uno al lado del otro, Margarita se sentía poseída de respeto y de ternura hacia el antiguo marino; tenía ganas de hablarle como se habla á un padre; pero las palabras se le quedaban detenidas en la garganta, y no osaba decirle nada.

¡Qué lejos estaba Pors—Even de su casa, y cuánto había tardado!

De vez en cuando se cruzaban con gentes que volvían de Paimpol ó de Loguivy: siempre que apercibía á lo lejos una silueta de hombre, pensaba en Juan, y cada vez sufría una decepción.

Llegados á la cruz de Plouezoch, saludó al viejo, rogándole que no se molestara más. Distinguióse ya las luces de Paimpol, y no había motivo alguno para que tuviese miedo.

Decididamente, no tenía ya que abrigar esperanza de ver á Juan..... ¡quién sabe cuándo volvería á tenerla!.....

Ciertamente, no habían de faltarle pretextos para volver á Pors—Even; pero sería demasiado desairado para ella el hacer tantas visitas; debía ser más ani-

mosa y tener más orgullo. Si al menos hubiera estado allí su buen Silvestre, le hubiera encargado de proporcionarle discretamente una entrevista con su amigo, á fin de que cesaran aquellas nebulosidades; pero Silvestre estaba ausente; ¡sabe Dios por cuánto tiempo!

X

Casarme yo?—decía Juan á sus padres aquella misma noche.—¿Y para qué había yo de casarme? ¿Con quién había de vivir tan dichoso como aquí con vosotros? Aquí no tengo cuidados ni discusiones con nadie, y cuando vuelvo de la mar, me lo encuentro todo hecho. Por supuesto, que comprendo perfectamente que si me habláis de casamiento, es á causa de la visita que habéis tenido hoy; pero la verdad, una joven rica como esa, querer emparentar con pobres como nosotros, no lo veo claro... y en fin, ni con esa ni con ninguna. Yo no quiero casarme.

Los dos viejos Gaos se miraron en silencio profundamente contrariados, pues después de bien madurado el asunto, para ellos era más que probable que la bella Margarita no rehusaría á un muchacho honrado y guapo como Juan. Conocían la obstinación de éste, y por lo tanto sabían que era inútil insistir. La madre, sobre todo, inclinó la cabeza y no volvió á pronunciar, acostumbrada como estaba á respetar las voluntades del hijo mayor, á quien consideraba como el futuro jefe de la familia, por más que constantemente se mostrase tierno y afectuoso para ella, y sumiso como un niño para las pequeñas cosas de la vida; pero no ignoraba la buena señora que para las grandes no se recorda otro dueño absoluto que él mismo, y que sabía escapar á toda presión, con un espíritu de independencia tranquilamente feroz.

Juan nunca se acostaba tarde, habituado, como los demás pescadores, á levantarse antes del alba. A las ocho, después de haber cenado y echar una última ojeada de satisfacción á sus nasas de Loguivy y á sus redes nuevas, subió á acostarse en la cama con colgaduras de reps color de rosa, que compartía con el más pequeño de sus hermanos.

XI

Quince días hacía ya que Silvestre, el confidente de Margarita, estaba en el cuartel de Brest. El muchacho se encontraba completamente fuera de su centro, pero continuaba haciendo una vida ejemplar. Daba gusto verle con el traje de marinero del Estado, que sentaba perfectamente á su alta estatura.

No estaba descontento de su suerte, si bien, en el fondo, echaba muy de menos á su vieja abuelita, y á pesar del continuo roce con marineros, de suyo dados á divertirse, seguía siendo el mismo muchachón inocente de siempre.

Una sola noche se emborrachó con otros paisanos suyos, porque tal era la costumbre establecida; aquella noche regresaron al cuartel cogidos del brazo y cantando á grito herido.

Otro domingo, sus paisanos y él habían ido al teatro, á las galerías altas. Hacíase un drama donde figuraba un traidor repugnante, á quien los marineros acogían cada vez que se presentaba en escena, con un ¡huá! que resonaba con rumor profundo, como el del viento del Oeste. Silvestre tenía allí demasiado calor, y hasta intentó quitarse la chaqueta, lo cual le valió una reprimenda del oficial que les acompañaba. Antes de finalizar la representación, ya se había quedado dormido.

A veces, cuando volvía de noche al cuartel, solía encontrarse con ciertas damas, que le decían con voz aguardentosa:

—¡Oye, muchacho!

Pero Silvestre, acordándose de su vieja abuelita y de su novia María Gaos, no les contestaba más que con una mirada desdeñosa.

En Brest, como en su país y como en Islandia, Silvestre permanecía casto. Sin embargo, sus compañeros no se mofaban de él, porque tenía fuerzas hercúleas, cosa que inspira respeto á los burlones.

XII

Cierto día fué llamado á la oficina del cuartel: era para anunciarle que le habían destinado á la China, á la escuadra que operaba delante de la isla Formosa.

Ya había él sospechado que las cosas acabarían por ahí, porque oyó decir á los que leían periódicos,

que la guerra con la China no llevaba trazas de concluirse. También le previnieron los jefes que, siendo urgente la partida de los marineros destinados á la escuadra de Formosa, no podrían darle la licencia temporal que es costumbre conceder á los que van á campaña, para despedirse de sus familias: había que ponerse en marcha dentro de cinco días.

El chico se sintió extremadamente turbado: aquella noticia, para él, era el encanto de los grandes viajes, de lo desconocido, de la guerra; pero era también la angustia de abandonarlo todo, con la vaga inquietud de no volver.

Mil cosas daban vueltas en su cabeza. En torno suyo se multiplicaba el ruido, porque un gran número de marineros de los alojados en el cuartel habían sido designados, como él, para formar parte de la expedición á China.

Y sin perder un momento escribió á su pobre-cita abuela, diciéndole que quería verla antes de partir.

XIII

Dos días después, los compañeros de Silvestre sonreían de ver á éste paseándose por las calles de la población con una mujer del brazo, inclinándose hacia ella con aire de ternura, para decirle al oído cosas que parecían ser muy dulces, á juzgar por la complacencia con que ellas las escuchaba.

Vista de espaldas, aquella mujer tenía un aspecto bastante juvenil y despabilado, con su falda corta, su chal oscuro y su gran cofia de paimpoles.

—¡Un poquillo vieja es la novia de Silvestre!—decían los marineros.

La apreciación de éstos estaba exenta de toda malicia: bien veían que se trataba de una anciana que iba á despedirse de su nieto.

La buena señora se había apresurado á marchar á Brest, sobrecogida de espanto por la noticia de la próxima partida de Silvestre, porque aquella maldita guerra de China había costado ya no pocos marinos al país de Paimpol. Había, pues, reunido sus pobres economías, arreglado en una cartonera su traje de los domingos y una cofia nueva, y púestose en camino para abrazar una vez más al nieto de su corazón.

La señora Moan se quedó maravillada viendo á Silvestre tan guapo con su uniforme, su barba negra cortada en punta á la moda de los marinos de guerra, su cuello abierto que dejaba ver la limpia camiseta, y su gorra adornada con dos largas cintas que llevaban estampadas en su extremidad unas anclas de oro.

Por un instante imaginóse tener delante á su hijo Pedro, que veinte años antes había sido también gaviero de la escuadra, y el recuerdo de aquel remoto pasado, de todos aquellos muertos, proyectaba sobre el momento presente una sombra triste.

Pero la alegría de verse juntos no tardó en desvanecerla.

La señora Moan, queriendo hacer las cosas grandemente, convidó á comer á su nieto en un figón cuyos dueños eran paimpoleses, y que le había sido recomendado por la modicidad de sus precios. Después de comer, siempre cogidos del brazo, se fueron á dar un paseo por Brest, recreándose en contemplar los escaparates de las tiendas, en los que se veían cosas que sugerían á la señora Moan las más ingeniosas ocurrencias.

XIV

Tres días permanecieron juntos; tres días de fiesta sobre los cuales pesaba un *después* bien sombrío. Como quien dice, los últimos tres días de vida de un condenado á muerte.

Llegó, por fin, el momento en que fué preciso á la buena viejecita separarse del nieto, para volverse á Ploubazléne, primero y principal, porque se le había concluido el poco dinero que había conseguido reunir, y luego, porque Silvestre debía embarcarse dentro de dos días, los cuales tenía que pasar precisamente en el cuartel, del que no saldría sino para ir á su barco. Tal es la precaución generalmente adoptada en vísperas de un largo viaje, contra la tendencia de los marineros á emborracharse antes de emprender la campaña.

Continuad

Valor de este Suplemento, un Bolívar.

Los suscritores á EL COJO ILUSTRADO tienen derecho á este Suplemento sin ningún recargo de suscripción.